

## LOS SACRAMENTOS DEL SEÑOR CRUCIFICADO

Búsqueda de su iniciación mistagógica en el corazón de su iglesia

Documentación  
papeles del camino '94-'95

LOS SACRAMENTOS DEL SEÑOR, SACRAMENTOS DE LA FE.

Aproximación a un discernimiento apostólico

1.- Los primeros pasos hacia la iniciación viva

- Contexto histórico-ecclesial '70-'75. Transición y recepción.
- La gran catequesis bíblica de fondo. Las cuatro miradas:  
El Señor, su iglesia, su reino y su camino.
- La empeñada catequesis continua de niños y jóvenes.
- La familia y la comunidad, marco vivo de la iniciación.
- La concentración cristológica desde la palabra en el ritual.
- La inviabilidad por causa de  
la "fe interpelada."

2.-El largo camino de la misericordia

- Contexto histórico-ecclesial '75-'85. La "sociedad de consumo".
- Eucaristía, centro y cumbre. Camino mistagógico del año litúrgico.
- Hacia el "catecumenado" en el corazón de las comunidades.
- La "fraternidad apostólica", por el camino del seguimiento.
- El "giro mistagógico" en la evangelización de niños u jóvenes.
- La acogida misericordiosa y paciente en gratuidad y libertad.
- La propensión al cumplimiento formal y reducido de "los requisitos."
- La inviabilidad por causa de  
la "fe perdida" (?)

### 3.- El largo camino de la fidelidad

- Contexto histórico-ecclesial '85-'95. Gravísimos riesgos.
- Permaneciendo en el centro y en la cumbre de la cena del Señor
- La catequesis mistagógica de las Constituciones del Concilio Vaticano II
- La catequesis mistagógica de los "sacramentos del Señor" en el corazón de la eucaristía.
- La catequesis mistagógica de la "vocación laical", en la iglesia de comunión/en el mundo.
- Los "consejos pastorales abiertos", desde la documentación integral del Concilio y del postconcilio.
- El presbiterio de la iglesia de zona, como común para el diálogo y el discernimiento desde el camino.
- Una pista sencilla y viva en "clave catecumenal" (RICA)
- La fiesta de la vida, que reclama la "legitimación sacramental" del paganismo postcristiano.
- ¿Nos encontramos ante una situación de "status confesionis"?
- La palabra apostólica, página nueva de gracia irrastreable.

-La necesidad de la "fe suplicada"

Primeras preguntas  
al iniciar el discernimiento.

Hacia la Pascua del Señor '95



# Consejo pastoral abierto a todos.

para rastrear  
los pasos de JESUS,  
el SEÑOR

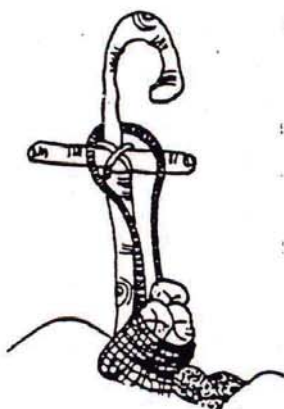
Problema:  
¿Qué pasa con los sacramentos  
en nuestros pueblos?

Encuentro comunitario

Día: Domingo 28 noviembre

Hora: 4. tarde

Lugar: Iglesia



## ¿Qué hemos de hacer, hermanos?

A lo largo de estos años se nos han planteado vivamente algunas preguntas sobre los "sacramentos de la fe", sobre el bautismo y la confirmación, sobre la penitencia y la eucaristía, sobre la unción y el matrimonio. Nos disponemos a un consejo pastoral abierto.

1.- Partiremos de las palabras del evangelio de Jesús, traducidas al día de hoy, por el concilio Vaticano II

2.- Dejaremos oír todas las preguntas, que los hermanos tienen a lo largo del camino. Oír a todos, todo lo que deseen sugerir y preguntar

3.- Ya a la luz del evangelio y escuchando estas preguntas buscaremos por dónde al Señor abre camino hacia adelante. No por votación, sino por "discernimiento espiritual"

Suplicamos a todos los hermanos para este tiempo

- que oren ante el Señor, con el evangelio en las manos, para encontrar su voluntad

- Y que luego con toda sinceridad digan de palabra o por escrito todas sus sugerencias.

La iglesia es una familia de hermanos, que el Señor preside en la mesa común, donde todos tenemos palabra y gesto, para compartir el camino.



A stylized signature or set of initials, possibly "M. S. + M. S.", written in a cursive, handwritten style.



## Los sacramentos en la iglesia del Señor

Lumen Gentium. 46. Vaticano II

10. Cristo, Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (cf. Hebr 5,1-5), a su nuevo pueblo «lo hizo reino y sacerdotes para Dios, su Padre» (cf. Apoc 1,6; 5,9-10). Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable (cf. 1 Petr 2,4-10). Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabanza a Dios (cf. Act 2,42-47), han de ofrecerse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (cf. Rom 12,1); han de dar testimonio de Cristo en todo lugar, y, a quien se la pidiere, han de dar también razón de la esperanza que tienen en la vida eterna (cf. 1 Petr 3,15).

El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico se ordenan el uno para el otro, aunque cada cual participa de forma peculiar del único sacerdocio de Cristo. Su diferencia es esencial, no sólo gradual<sup>2</sup>. Porque el sacerdocio ministerial, en virtud de la sagrada potestad de que goza, modela y dirige al pueblo sacerdotal, efectúa el sacrificio eucarístico ofreciéndolo a Dios en nombre de todo el pueblo; los fieles, en cambio, en virtud de su sacerdocio real, asisten a la oblación de la eucaristía<sup>3</sup>, y lo ejercen en la recepción de los

sacramentos, en la oración y acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la abnegación y caridad operante.

[El ejercicio del sacerdocio común en los sacramentos]

11. La condición sagrada y orgánicamente constituida de la comunidad sacerdotal se actualiza tanto por los sacramentos como por las virtudes. Los fieles, incorporados a la Iglesia por el bautismo, quedan destinados por tal carácter al culto de la religión cristiana, y, regenerados como hijos de Dios, tienen el deber de confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios por medio de la Iglesia<sup>4</sup>. Por el sacramento de la confirmación se vinculan más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con una fortaleza especial del Espíritu Santo, y de esta forma se obligan con mayor compromiso<sup>5</sup> a difundir y defender la fe con su palabra y sus obras como verdaderos testigos de Cristo. Participando del sacrificio eucarístico, fuente y cima de toda vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima di-



vina y a sí mismos juntamente con ella<sup>6</sup>; y así, tanto por la oblación como por la sagrada comunión, todos toman parte activa en la acción litúrgica, no confusamente, sino cada uno según su condición. Pero una vez saciados con el cuerpo de Cristo en la asamblea sagrada, manifiestan concretamente la unidad del pueblo de Dios aptamente significada y maravillosamente producida por este augustísimo sacramento.

Los que se acercan al sacramento de la penitencia obtienen el perdón de la ofensa hecha a Dios por la misericordia de éste y al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia, a la que, pecando, ofendieron, la cual, con caridad, con ejemplos y con oraciones, les ayuda en su conversión. La Iglesia entera encomienda al Señor paciente y glorificado a los que sufren, con la sagrada unción de los enfermos y con la oración de los presbíteros, para que los alivie y los salve (cf. Iac 5,14-16); más aún, los exhorta a que, uniéndose libremente a la pasión y a la muerte de Cristo (Rom 8,17; Col 1,24; 2 Tim 2,11-12; 1 Petr 4,13), contribuyan al bien del Pueblo de Dios. Además, aquellos que entre los fieles se distinguen por el orden sagrado, quedan destinados en el nombre de Cristo para apacentar la Iglesia con la palabra y con la gracia de Dios. Por fin, los cónyuges cristianos, en virtud del sacramento del matrimonio, por el que manifiestan y participan del misterio de la unidad y del fecundo amor entre Cristo y la Iglesia (Eph 5,32), se ayudan mutuamente a santificarse en la vida conyugal y en la procreación y educación de los hijos, y, por tanto, tienen en su condición y estado de vida su propia gracia en el Pueblo de Dios (cf. 1 Cor 7,7)<sup>7</sup>. Pues de esta unión conyugal procede la familia, en que nacen los nuevos ciudadanos de la sociedad humana, que por la gracia del Espíritu Santo quedan constituidos por el bautismo en hijos de Dios para perpetuar el pueblo de

Dios en el correr de los tiempos. En esta como Iglesia doméstica los padres han de ser para con sus hijos los primeros predicadores de la fe, tanto con su palabra como con su ejemplo, y han de fomentar la vocación propia de cada uno, y con mimo especial la vocación sagrada.

Los fieles todos, de cualquier condición y estado que sean, fortalecidos por tantos y tan poderosos medios, son llamados por Dios, cada uno por su camino, a la perfección de la santidad por la que el mismo Padre es perfecto.

### Sacrosantum Concilium.

## EL SACROSANTO MISTERIO DE LA EUCARISTIA

[La misa y el misterio pascual]

47. Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: **sacramento de piedad**, signo de unidad, vínculo de **caridad**<sup>15</sup>, **banquete pascual**, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera<sup>16</sup>.

[Participación activa de los fieles en la misa]

48. Por tanto, la Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que, comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente



## OTROS SACRAMENTOS Y LOS SACRAMENTALES

[Naturaleza de los sacramentos]

59. Los sacramentos están ordenados a la santificación de los hombres, a la edificación del Cuerpo de Cristo y, en definitiva, a dar culto a Dios; pero, en cuanto signos, también tienen un fin pedagógico. No sólo suponen la fe, sino que, a la vez, la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y cosas; por esto se llaman sacramentos de la fe. Confieren ciertamente la gracia, pero también su celebración prepara perfectamente a los fieles para recibir fructuosamente la misma gracia, rendir el culto a Dios y practicar la caridad.

Por consiguiente, es de suma importancia que los fieles comprendan fácilmente los signos sacramentales y reciban con la mayor frecuencia posible aquellos sacramentos que han sido instituidos para alimentar la vida cristiana.

60. La santa madre Iglesia instituyó, además, los sacramentales. Estos son signos sagrados creados según el modelo de los sacramentos, por medio de los cuales se expresan efectos, sobre todo, de carácter espiritual obtenidos por la intercesión de la Iglesia. Por ellos, los hombres se disponen a recibir el efecto principal de los sacramentos y se santifican las diversas circunstancias de la vida.

[Valor pastoral de su liturgia y su relación con el misterio pascual]

61. Por tanto, la liturgia de los sacramentos y de los sacramentales hace que, en los fieles bien dispuestos, casi todos los actos de la vida sean santificados por la gracia divina que emana del misterio pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, del cual todos los sacramentos y sacramentales reciben su poder, y hace también que el uso honesto de las cosas materiales pueda ordenarse a la santificación del hombre y a la alabanza de Dios.

[Catecumenado]

64. Restáurese el catecumenado de adultos, dividido en distintas etapas, cuya práctica dependerá del juicio del ordinario del lugar; de esa manera, el tiempo del catecumenado, establecido para la conveniente instrucción, podrá ser santificado con los sagrados ritos que se celebrarán en tiempos sucesivos.





# camino hacia los sacramentos

camino compartido de amor, que se hace luz

para la entrega de una vez para siempre

CONCILIO VATICANO II

Sacrosanctum Concilium, Constitucion Liturgia

59. Los sacramentos están ordenados a la santificación de los hombres, a la edificación del Cuerpo de Cristo y, en definitiva, a dar culto a Dios; pero, en cuanto signos, también tienen un fin pedagógico. No sólo suponen la fe, sino que, a la vez, la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y cosas; por esto se llaman sacramentos de la fe. Conferen ciertamente la gracia, pero también su celebración prepara perfectamente a los fieles para recibir fructuosamente la misma gracia, rendir el culto a Dios y practicar la caridad.

61. Por tanto, la liturgia de los sacramentos y de los sacramentales hace que, en los fieles bien dispuestos, casi todos los actos de la vida sean santificados por la gracia divina que emana del misterio pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, del cual todos los sacramentos y sacramentales reciben su poder, y hace también que el uso honesto de las cosas materiales pueda ordenarse a la santificación del hombre y a la alabanza de Dios.

## Ad Gentes.

### Decreto actividad misionera

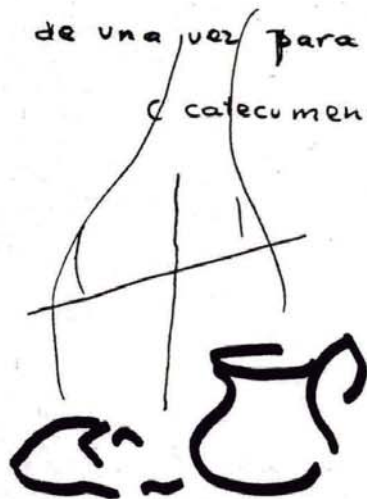
#### ART. II. Predicación del Evangelio y reunión del pueblo de Dios

13. [Evangelización y conversión.] Dondequiera que Dios abre la puerta de la palabra para anunciar el misterio de Cristo (cf. Col 4,3) a todos los hombres (cf. Mc 16,15) confiada y constantemente (cf. Act 4,13-29,31; 9,27-28; 13,46; 14,5; 19,8; 26,26; 28,31; 1 Thess 2,2; 2 Cor 3,12; 7,4; Phil 1,20; Eph 3,12;

6,19,20) hay que anunciar (cf. 1 Cor 9,16; Rom 10,14) al Dios vivo y a Jesucristo, enviado por El para salvar a todos (cf. 1 Thess 1,9-10; 1 Cor 1,18-21; Gal 1,31; Act 14,15-17; 17,22-31), a fin de que los no cristianos, abriéndoles el corazón el Espíritu Santo (cf. Act 16,14), creyendo se conviertan libremente al Señor y se unan a El con sinceridad, quien, por ser camino, verdad y vida (Io 14,6), satisface todas sus exigencias; más aún, las colma.

Esta conversión hay que considerarla ciertamente inicial, pero suficiente para que el hombre sienta que, arrancado del pecado, entra en el misterio del amor de Dios, que lo llama a iniciar una comunicación personal consigo mismo en Cristo. Puesto que por la gracia de Dios el nuevo convertido emprende un camino espiritual por el que, participando ya por la fe del misterio de la muerte y de la resurrección, pasa del hombre viejo al nuevo hombre perfecto según Cristo (cf. Col 3,5-10; Eph 4,20-24). Trayendo consigo este tránsito un cambio progresivo de sentimientos y de costumbres, debe manifestarse con sus consecuencias sociales y desarrollarse poco a poco durante el catecumenado. Siendo el Señor, al que se confía, blanco de contradicción (cf. Lc 2,34; Mt 10,34-39), el nuevo convertido sentirá con frecuencia rupturas y separaciones, pero también gozos que Dios concede sin medida (cf. 1 Thess 1,6). La Iglesia prohíbe severamente que a nadie se obligue, o se induzca, o se atraiga por medios indiscretos a abrazar la fe,

(catecumenado)



centro y cumbre, arranque y término

lo mismo que exige el derecho a que nadie sea apartado de ella con vejaciones<sup>2</sup>.

Investigüense los motivos de la conversión y, si es necesario, purifiquense según la antiquísima costumbre de la Iglesia.

14. [Catecumenado e iniciación cristiana.] Los que han recibido de Dios, por medio de la Iglesia, la fe en Cristo<sup>3</sup>, sean admitidos con ceremonias religiosas al catecumenado, que no es una mera exposición de dogmas y preceptos, sino una formación y noviciado convenientemente prolongado de la vida cristiana, en que los discípulos se unen con Cristo, su Maestro. Iniciense, pues, los catecúmenos convenientemente en el misterio de la salvación, en el ejercicio de las costumbres evangélicas y en los ritos sagrados que han de celebrarse en los tiempos sucesivos<sup>4</sup>, y sean introducidos en la vida de fe, de liturgia y de caridad del pueblo de Dios.

Libres luego por los sacramentos de la iniciación cristiana del poder de las tinieblas (cf. Col 1,13)<sup>5</sup>, muertos, sepultados y resucitados con Cristo (cf. Rom 6,4-11; Col 2,12-13; 1 Petr 3,21-22; Mc 16,16), reciben el Espíritu (cf. 1 Thess 3,5-7; Act 8,14-17) de hijos de adopción y asisten con todo el pueblo de Dios al memorial de la muerte y resurrección del Señor.

Es de desear que la liturgia del tiempo cuaresmal y pascual

se restaure de forma que prepare las almas de los catecúmenos para la celebración del misterio pascual, en cuyas solemnidades se regeneran para Cristo por medio del bautismo.

Pero esta iniciación cristiana durante el catecumenado no deben procurarla solamente los catequistas y sacerdotes, sino toda la comunidad de los fieles, y de un modo especial los padrinos, de suerte que sientan los catecúmenos ya desde el principio que pertenecen al pueblo de Dios. Y como la vida de la Iglesia es apostólica, los catecúmenos han de aprender también a cooperar activamente en la evangelización y edificación de la Iglesia con el testimonio de la vida y la profesión de la fe.

Expóngase, por fin, claramente en el nuevo Código el estado jurídico de los catecúmenos. Porque ya están vinculados a la Iglesia<sup>6</sup>, ya son de la casa de Cristo<sup>7</sup> y con frecuencia ya

# LOS SACRAMENTOS Y SU RENOVACION PASTORAL

Iglesia del Señor en Salamanca  
Sínodo diocesano 195-89  
CONSTITUCIONES SINOCALES

## INTRODUCCION

### — Jesucristo, Iglesia y sacramentos:

Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres, es el 'primer sacramento': El es el signo y la realidad de Dios en medio de los hombres. Por eso, todo sacramento es actualización y memoria de la muerte y resurrección de Cristo, por quien todos podemos alcanzar la salvación.

La Iglesia, Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo, es el medio en el que hoy se realiza esa acción salvadora, de forma que ella misma es, en el camino de la historia hacia el Reino, signo y sacramento de Jesucristo entre los hombres.

Los sacramentos son acciones —gestos, palabras y cosas—, instituidas por Cristo mismo, con las que la Iglesia realiza más en concreto la acción salvadora en nombre del Señor. «Lo que en Cristo era visible ha pasado ahora a los sacramentos de la Iglesia» (San León Magno). Centrados en la Eucaristía, fuente y culmen de la vida Cristiana y eclesial, los sacramentos mantienen una profunda coherencia entre sí y en relación a Cristo y a la Iglesia.

### — Sacramento, Palabra y Comunidad:

El sacramento supone, expresa y alimenta la fe: sin ella, el signo sacramental se vuelve 'in-significante'; sin referencia al Amor de Dios creído y experimentado, acaba siendo un signo mudo e inutilizado. Por eso, los sacramentos se llaman 'sacramentos de fe' (SC, 59).

Cada sacramento evoca y resume toda una memoria de amor y de gracia, provoca la respuesta del hombre que se siente amado y llamado y, además, convoca hacia una Comunidad y hacia un mundo en los que se vive, se celebra y se anuncia ese Amor de Dios. Esto es difícil, o quizás imposible, sin la Palabra anunciada, sin Comunidad convocada y sin compromiso cristiano asumido.

El anuncio y la acogida de la Palabra precede, acompaña y sigue a cada sacramento; ella lo revela y lo explicita y, a la vez, desde cada signo sacramental se realiza y es llevada hasta la vida del cristiano y de toda la comunidad eclesial.

La Comunidad o Asamblea litúrgica eclesial, aunque sea en sus estadios incipientes, es en principio el espacio necesario para el camino del sacramento en toda su plenitud. En este sentido, no hay sacramento sin comunidad y, es claro también, tampoco hay comunidad sin sacramentos: ellos van creando y haciendo crecer cada comunidad particular. p. 17-18

## Propuestas

I.1. Necesitamos una renovación profunda en las personas y en las instituciones, como condición indispensable para una verdadera renovación de la pastoral diocesana de sacramentos. Si no se da esta conversión hacia el verdadero espíritu evangélico, en lo personal, en lo diocesano y en lo pastoral, será muy difícil realizar el nuevo 'Camino común' que el Sínodo nos propone.

### — Los sacramentos, parte de un proceso:

Un proceso continuo de catequesis y de experiencia cristiana no se improvisa ni se impone: exige previamente una trama comunitaria que lo haga posible y lo asuma; a la vez, todo proceso comunitario exige una catequesis, a todos los niveles, que lo vaya creando.

I.2. Debemos insistir pastoralmente en todo aquello que pueda crear y hacer crecer la comunidad. Esto obliga a las instituciones diocesanas, a las parroquias y a los demás centros pastorales a una profunda revisión de prioridades, de dedicación y de objetivos, de acuerdo con las exigencias del proceso continuo de catequesis y de experiencia de fe.

Los laicos en la iglesia y en el mundo

### — Cómo formar a los laicos adultos:

La formación de los fieles laicos se ha de colocar entre las prioridades de la Diócesis y se ha de incluir en los programas de acción pastoral de modo que todos los esfuerzos de la comunidad (Sacerdotes, Religiosos y Laicos) concuerden a este fin (Chr. Fid. 57). Especial importancia tienen a este respecto como medio formador y evangelizador las pequeñas comunidades y grupos, sobre todo si siguen la línea de una catequesis postbautismal o catecumado (Cfr. EN 56; Chr. Fid. 26).

### — La preparación a los sacramentos:

Hay en la Diócesis una larga y variada experiencia de catequesis de preparación a los sacramentos, pero esta misma variedad plantea no pocos problemas de calidad y de coordinación.

I.5. Deben revisarse las catequesis presacramentales (objetivos, contenidos, métodos, catequistas responsables, etc.),

de forma que toda catequesis sacramental llame a la fe en Jesucristo, prepare para la celebración del sacramento y oriente hacia la integración en la Iglesia y hacia el compromiso cristiano en el mundo. p. 19-20

Peralejos de Arriba, Pevalejos de Abajo, Tragantís, EL Cuvo  
Hacia la Parva 194

27/11/194

1.

# "Dejad que los niños vengan a mi" (Mc. 10.14)

A los padres de los niños, que desean prepararse para la primera comunión.

Nadie amó nunca tanto a los pequeños como Jesús, nuestro muy amado hermano y señor. Es el mismo quien nos hace a nosotros la misma llamada que hizo a los padres de los niños y a los discípulos que caminaban con él, cuando caminaba por pueblos y aldeas y hacía el gran coro de hermanos, en torno suyo. "Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como ellos es el Reino de Dios" (Mc. 10.14).

Esta llamada ha resonado en nuestros corazones y nos disponemos con gran alegría a acogerlos, para caminar con ellos, hasta que se sienten a su mesa, junto a Él. Es a Él mismo a quien acogemos. El evangelio cuenta que un día, delante de sus apóstoles "tomando un niño se puso en medio de ellos, le estrechó entre sus brazos y les dijo: "El que reciba a un niño como este en mi nombre, me recibe a mí" (Mc. 9.13-17). ; Dichosos de nosotros si al oír su llamada, abrimos de par en par nuestro corazón, para acoger a nuestros pequeños, con la misma misericordia del Señor! Ellos son para nosotros el rostro de Jesús y nosotros para ellos. El camino hacia la primera comunión es un tiempo de gracia irrazonable para todos, una hora de volvernos hacia Él, en conversión sincera, para avanzar juntos en el camino en este amanecer de Pentecostés.

Vosotros sois ahora los principales responsables de los niños. En principio debéis pedir vosotros, cada familia, padre y madre, a la iglesia, nuestra familia común, la primera comunión para vuestros hijos. Antes, cuando parecía que todos eramos cristianos, la comunidad pedía preparar la primera comunión en un encuentro comunitario. Ahora en esta nueva evangelización, marcada por la gratuidad del evangelio y la libertad de la acogida, hemos de comenzar por una petición personal. A mi me corresponde de parte del Señor, deciros la misma pregunta del día del bautismo: "¿Qué pedís a la iglesia para vuestro hijo?" No os sintáis obligados a venir por la presión social o por la vieja costumbre. Solo si lo sentís dentro del corazón y deseáis acercar a Jesús a vuestros hijos. Él siempre invita con inmenso cariño y respeto. "Si quieres... ven y sígueme" (Mt. 18. 21)

Cuenta Juan en su evangelio que cuando los discípulos se acercaban a Él para seguirle, les acogía para un diálogo personal, íntimo y sereno. "JESUS se volvió y al ver que le seguían, les dijo: "¿Qué buscáis?" Ellos le respondieron: "Maestro... ¿cuándo vivirá?" les respondió: "Venid y lo veréis." Fueron, pues, donde vivía y se quedaron con Él aquel día" (Jn. 1. 35-39). Este encuentro personal con Él nos es necesario. Si decidís libremente acercar a vuestros hijos a su mesa, hemos de encontrarnos a su lado. Padre y madre en la casa parroquial o en vuestra casa. Donde mejor podamos hablar a corazón abierto, con gran sinceridad e intimidad, para compartir inquietudes y dificultades, para buscar caminos que respondan al acompañamiento personal de vuestros hijos, que habrá de ser también comunitario. También debemos encontrarnos a jugar con vuestros hijos, para preguntales de parte de JESUS, "¿qué buscáis?" Escuchar los latidos de su amor al Señor y las dificultades y esperanzas que sienten ante el camino que se nos abre. A mi me tenéis a vuestra entera disposición. Y ¡cuánto agradecería que me ayudadis a convertirme, para poder transparentar mejor el rostro del que nos amó!

Después de los encuentros personales, tendremos encuentros comunitarios para hacer un camino común. Cuando Jesús les dijo "venid y lo vereis", les llevó a la casa donde vivió en fraternidad, donde iba a agradecer poco a poco la fraternidad, para salir juntos al camino de la misión, unos ven pasados la noticia a otros y se agranda el grupo y se aleja el camino (Jn. 1.40-51). Jesús quiere hacer del mundo un hogar, con una mesa compartida, donde todos encontraran la alegría que desbordaba sus corazones (Jn. 2.1-11). Los pequeños en la primera hora del evangelio se acercan a Jesús, lleva del de una mano por sus padres y de otra por sus discípulos. En realidad sus padres eran también discípulos, los que desde muy cerca podían acercarse a Jesús. Este camino tan sencillo y admirable se nos abre delante en nuestra pequeña comunidad. El Señor con su Espíritu nos irá reuniendo y creciendo, vosotros mismos tenéis que sugerir lo que el Señor os haya dicho al corazón, pues El revela sus secretos a los más pequeños, a los que siempre ama un poco más (Mt. 11.25-30)

Al haber escuchado la larga catequesis sobre la eucaristía del Señor y al haber participado muchos de vosotros en el Consejo pastoral abierto en medio de la iglesia, habéis comprendido bien que la eucaristía es el centro y la cumbre, el arranque y el término de todo nuestro camino. Habéis comprendido como todos los sacramentos manan de la eucaristía y como todos se deben preparar y celebrar en el corazón de la eucaristía, a lo largo del año litúrgico, en el que el mismo Señor ~~ha~~ haciendo presente el camino de sus misterios, para que nosotros alcancemos la plenitud del amor y de la vida. Es necesario, pues, para preparar la primera comunión que los niños se sienten todos los domingos a esta mesa común, a escuchar al Señor su palabra, a verla partir el pan, a verse rodeados

de su gran familia de hermanos, a aprender el camino del  
seguidor, a acoger los gozos y lágrimas de todos los  
hombres que residen allí. El gozo que más expresa la  
voluntad de un hermano, pequeño o grande, para pedir un  
sacramento, es venir a este mesa del Amor, "sigua de  
unidad, vínculo de caridad," "en la cual se come a Cristo,  
se recuerda su pasión y se nos da una prenda de la  
gloria futura".

La experiencia nos enseña el gran bien que los padres  
hacen a sus hijos cuando van con ellos a la eucaristía.  
Incluso cuando se sientan a su lado. Y los pequeños los  
ven escuchar, acoger, hermosear y comprometerse en el  
corro grande de la mesa común. Es una manera sencilla  
de enseñar. "Este es el cordón de Dios que quita el pecado  
del mundo" (Jn. 1.29.30). "Dichosos los invitados a la  
cena del Señor". ¡Qué gran bien los hacen después  
de salir de la eucaristía, cuando a todos con el amor  
que el Señor nos tiene y hacen de la casa una  
"iglesia-en-familia", con mesa grande, puerta abierta y  
acogida entrañable! La gran catequesis de primera  
comunión se hace en camino. De la mesa al  
camino y del camino a la mesa. Así podremos  
abrir las páginas del evangelio sobre la cena del  
Señor poniendo los ardiendo en el amor que ya  
se ha encendido en nuestros corazones.

La casa común de la parroquia es vuestra. Aquí  
no tenéis a vuestra entera disposición, como "siervo  
vuestra por Jesús" (2 Cor. 4.5). Con el deseo humilde y  
firme de que vuestros pequeños puedan decir un  
día: "¡Gracias y ved que bueno es el Señor! ¡Dichoso  
el que se acoge a él!" (Salmo 33.9).

Paz y gozo digo, vuestro hermano

M. ...

18/12/194

2.

"Dejad que los niños vengan a Mi" (Mc. 10. 14)

A los padres de los niños, que desean prepararse a la primera comunión.

La carta que os escribí hace una semana era una explicación sencilla de esta palabra de Jesús, dicha a sus discípulos. "Dejad que los niños vengan a mi." Y es que estamos volviendo a la primera hora del evangelio. Lo que era una costumbre venerable, se ha convertido hoy en una hora nueva de gracia. Antes todos los padres, al empezar sus hijos a crecer, se sentían obligados a sentarlos a la mesa del señor, como sus padres habían hecho con ellos. Era una gran fiesta en la iglesia, la familia grande, y también en casa, la familia pequeña. El mundo de hoy, tan apasionante, ha abierto a nuestros pueblos la posibilidad de hacer otra vida distinta de la vida cristiana. La iglesia, nuestra madre, ha respetado con gran respeto las decisiones de cada hermano. El evangelio de la gracia, la novedad de Jesús, el secreto de esta nueva evangelización, es un ofrecimiento gratuito, sin ninguna forma de imposición, que hace posible, favorece y acompaña la decisión libre. ¿Conviene que celebremos la primera comunión como antes, en una costumbre, que según se ve, tiene más de fiesta social, que de encuentro vivo y transformante de los pequeños y de nosotros con el Señor? La palabra de Jesús. "Dejad que los niños vengan a Mi" nos invita a volver a la primera hora del evangelio, precisamente para ofrecer esperanza viva a vuestros hijos, en este amanecer nuevo de la aventura humana.

¿Está amaneciendo o cae la noche? Seguro que diréis, que a vuestros hijos les toca vivir un mundo mejor que el vuestro. Y efectivamente, no les han tocado vivir tantas estrecheces y penalidades, como sufristeis vosotros. Tienen un futuro más luminoso, para abrirse camino en la sociedad. Pero ya veis también con vuestros ojos, que el hambre y la droga están a la vuelta de la esquina. Las gravísimas injusticias de este mundo nuestro, con el abismo de la desigualdad y la pelea de la competencia, hacen que no sepamos bien si a vuestros hijos les aguarda la esperanza o la desesperación, la colocación o la marginación, el triunfo o el fracaso. El barbero crece y la sangre cada día mancha más la tierra. Tal vez si algo urge para vuestros hijos en este amanecer, desde la ardiente oscuridad de la noche, es una chispa de amor vivo en el corazón, para que puedan vencer el mal a fuerza de bien, esperando contra toda esperanza, y pasando la alegría de su sombra, tener a un mundo que vivirá cada vez más por dolores de un nuevo nacimiento. Aquí situamos precisamente hoy la invitación de Jesús. Por causa de vuestros hijos, por la fe que les pueda poner en pie, por el amor inquebrantable que mane en sus corazones, por la esperanza, que nadie les pueda arrancar, nos disponemos a esta nueva aventura de acercarlos a Jesús, acompañándolos nosotros mismos en este acercamiento.

Ahora comprendéis las pistas sencillas de esta nueva camino hacia la primera comunión. Estas cartas y las grabaciones del Consejo del Pastoral os ayudarán a descifrarlas con facilidad y os irán llenando de alegría.

= La fuente del Amor. ¿Dónde se encuentra el manantial inagotable del Amor vivo, que buscamos, para ellos? En la Eucaristía del domingo. Allí está Jesús, poniendo la mesa



en sus manos abiertas y heridas. Allí nos entrega todo el Amor de su Espíritu, en la palabra y en el Pan. Su corazón abierto es el Regar del Fuego, el manantial del agua, la llave del Amor vivo. Ya del lado de adentro vuestros hijos, acompañados de vosotros, deben reunirse a esta mesa cada domingo, y hacer de ella, el centro y la cumbre, el arranque y el término del camino. La primera gran catequesis sucede allí.

- El camino del Amor. Para acoger este amor, que Jesús nos entrega, vuestros hijos y nosotros con ellos, hemos de hacer tres experiencias vivas, muy sencillas y bonitas al tiempo. Aprenden juntos a orar, aprenden juntos a compartir, aprenden juntos a servir. Algo parecido a lo que vosotros vivís en casa. No dais a los pequeños muchas lecciones, pero los allegáis a vosotros en cercanía íntima, les ayudáis a permanecer con sus hermanos, y los animáis a entregarse en el sacrificio con todos y con los más pequeños sobre todos. Es así como pasa a sus corazones el amor, que les entregáis en la mesa. Esto que vivís es una sencilla parábola, de lo que Jesús, nos ofrece cuando nos dice: "Venid y lo veréis".

- La luz en el Amor. Pero vosotros también algunos días, os reunís con ellos, para darles algunas explicaciones. Les contáis toda la historia del amor, que les habéis tenido y les explicáis algunos gestos de cariño, muy bonitos, que les habéis entregado en momentos cruciales de su vida. Así también nosotros, en esta pequeña fraternidad, que parte de la eucaristía y conduce a la eucaristía, en el corazón de la iglesia y del mundo, les contaremos toda la historia del Amor de Jesús, que yo ven siempre y ayudo a lo largo del año litúrgico. Y cuando les explicaremos el gesto insondable de Amor, del sacramento del cuerpo y de la sangre del Señor, a cuyo mesa nos reunimos

después de haber vuelto como el año pasado a la  
mesa común, en el sacramento de la penitencia y  
reconciliación.

Estamos ante una aventura, tan antigua y tan nueva, como la hora  
primera del evangelio, a donde nos ha conducido el Pentecostés del Concilio  
Vaticano II, fuego vivo arrojado por el Señor a su iglesia, en esta hora de  
la travesía. Un paño nuevo, no se debe coser a un vestido viejo. Tampoco el  
vino nuevo se debe echar en pellejos viejos. "He aquí que hago todo nuevo",  
dice el Señor. "¿No veis que esta germinación ya?"

Hemos de hacernos a un camino largo y hondo. Aprended a amar  
al lado de Jesús, juntos, ellos y nosotros, con su mismo amor, no el certidm  
de un día. Como en la noche santa de Paros, vuestros pequeños temporales  
han de acercarse y permanecer acercados a la llama de amor vivo  
del Cénit paros, el Señor resucitado, que es el Espíritu. Pero el mismo  
nos dice: "Yo soy. No tengáis miedo. Alegraos."

Vuestros visitas, breves y sencillas, han sido una respuesta a mi carta.  
En pocas palabras habéis venido a decir: "Estouos aquí". ¿Cómo podemos  
vernos más despacio? Hemos de encontrarnos juntos, con JESUS en medio.  
Padre y madre. Donde mejor podemos hacer a corazón abierto, con  
gran sinceridad e intimidad. Para compartir inquietudes y dis-  
cultades, para buscar caminos que respondan al acompañamiento  
personal de vuestros hijos, que habrá de ser también comunitario.  
Con tanto agradecimiento, vuestros sugerencias y también vuestras correcciones  
si veis que nos desviamos del camino del evangelio.

Mirad a ver en qué momentos podéis ir dar, padre y  
madre, juntos a la mesa. Donde queráis. En vuestra casa  
o en la casa parroquial. Decidme el lugar y las horas.  
Por mi parte, estoy dispuesto a cambiar en todo momento mi  
vida misimera. Es el mismo Señor, el que nos encuentra, nos  
llama y nos interpela en ellos. "El que recibe a un niño,  
como este en mi nombre, me recibe a mí" (Mc. 9.37)

Paz y gozo suyo. Vuestro hermano

Moacilio



**"El que acoge a un niño, como este, en mi nombre, me acoge a Mí"**

EVANGELIO

✠ Lectura del santo Evangelio según San Marcos 9, 29-36.

En aquel tiempo, instruía Jesús a sus discípulos. Les decía:

— El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará. Pero no entendían aquello, y les daba miedo preguntarle.

Llegaron a Cafarnaún, y una vez en casa, les preguntó:

— ¿De qué discutáis por el camino?

Ellos no contestaron, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo:

— Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos.

Y acercando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo:

— El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado.

## Encuentro en familia

Para preparar nuestro encuentro en familia

- nos pueden ayudar estas cartas sencillas: "Dejad que los niños juegan a Mi". Si tenéis a mano el evangelio, os darán mucho luz las palabras del Señor, que se citan en las cartas.
- También nos ofrecen luz los diálogos del Consejo pastoral abierto, en medio de la iglesia: "Los sacramentos del Señor". En estos grabaciones, que podéis bajar por vuestra casa, se continúan la instrucción de la comunión y el diálogo de los hermanos de nuestras varias comunidades.
- Pero podéis aportar vosotros muchas sugerencias. Podéis compartirlo, padre y madre, juntos alguna noche. Pidiéndolo luz al Señor, para que nos enseñe sus caminos. Luego, comentaremos, unidos en confianza de hermanos.

27/11/194

## "Vosotros sois mis amigos" (Jn. 15. 14)

A nuestros amigos, que se encaminen a su matrimonio.

La aventura del amor en el noviazgo y en el matrimonio fué acompañada y transfigurada por JESUS, EL SEÑOR, con una claridad misteriosa y nueva. Al volverse a nosotros desde el corazón del Padre (Jn. 1. 14. 18), nos contó la misericordia de sus entrañas en la imagen admirable del amor sponsal, que inaugura entre los hombres una fiesta de indecible alegría (Mc. 2. 19). Seguro que Él, como amigo, compartió en Nazaret, este gozo íntimo de sus compañeros - mas cercanos. "Él que tiene a la novia es el novio; pero el amigo del novio, el que asiste y se oye, se alegra mucho con la voz del novio" (Jn. 3. 29). Al sentarse con ellos a la mesa, descubrió que aquella alegría se les terminaba y que necesitaban para el camino una alegría mayor. Su madre se lo hizo notar aquel día en que fué con sus amigos a las bodas, que se celebraban en Cana. "Fué invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y como faltare vino.. le dice a Jesús su madre: "No tienen vino" (Jn. 2. 2-3). El amor sponsal que nace del corazón, aun siendo tan grande, necesita ahondarse y transfigurarse, con otro amor sponsal, que nace de su corazón abierto.

Ya en aquella boda primera, El sugirió a su madre, delante de todos, que la alegría nueva, misteriosa, insondable, interminable, solo podría ofrecerla en "su hora" (Jn. 3. 4), en aquella hora, en que "habiéndolo amado a los suyos, que estaban en el mundo les amó hasta el extremo" (Jn. 13. 1). Efectivamente, suspendido en el madero, entregado por el Padre, en nuestras manos, el mismo se entregó a sí mismo a la muerte por nosotros. "gratis, en su gracia, en su sangre" (Rom. 8. 24-25). "Está consumado": "El amor ha llegado hasta el extremo": "E inclinándolo la cabeza entregó el ESPÍRITU". "Uno de los soldados, le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua" (Jn. 19. 30-34). Es en su corazón abierto, en donde mana el amor espansal de la alianza nueva, que inunda, transfigura y sube-jala nuestro amor espansal en el sacramento del matrimonio. "Gran misterio es este, y yo lo refiero a Cristo y a la iglesia" (Ef. 1. 32).

Al encontraros en el coro de nuestro consejo pastoral sobre los sacramentos del Señor, me llené de alegría. Hemos caminado juntos mucho tiempo, al lado de Jesús, escuchando sus palabras en la tienda y rastreando sus huellas por los caminos. Ha sido una historia imborrable de fraternidad y de amistad. ¿Cómo es que habéis venido a este coro grande? ¿Queréis escuchar de nuevo el don y el encargo del Señor, para darlos vueltas en el corazón? ¿El que El mismo os ha sugerido en el camino que selléis vuestro amor espansal en su sangre? El silencio y la cercanía es ya una palabra sencilla y expresiva. Una palabra dicha a El, en la comunidad de los

Ha sido El también, quien me ha sugerido que no diga una palabra, de parte suya, o mejor que de vez a su palabra misma. "Vosotros sois mis amigos" (Jn. 15, 14). Amigos son los que se quieren y se confían tanto, que se hablan a corazón abierto, compartiendo los últimos secretos del "hondón del alma". Pero si se quieren de verdad, se anticipan a escucharse antes. Vosotros habéis dicho a Jesús, una palabra silenciosa, pero El, con respeto infinito quiere escucharos antes. Ya lo habéis comprobado muchas veces, cuando en los encuentros escuchábamos el relato de Juan. "Jesús se volvió, y al ver que lo seguían les dijo: '¿Qué buscáis?' (Jn. 1, 38). Los jóvenes no encuentran a nadie que les escuche desde dentro, que abra de par en par su corazón. Para escuchar "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias", que ellos lleven dentro del Jugo. Todos pasan de largo y si se detienen es para contar las historias de su propia aventura.

Jesús os dice también hoy esta palabra: "¿Qué buscáis?" ¿Por qué se acerca a su lado a mirar su rostro y a escuchar su palabra? ¿Cuál es el latido de fondo de vuestra aventura? ¿Por qué se os ocurre, al avanzar en el amor espiritual, dirigir la mirada a sus manos abiertas y heridas? ¿No os ha escandalizado y desilusionado su amor? El quiere acogeros íntimoamente, para escucharos con delicadeza, respeto y admiración. Solo El nos ama en la misericordia irracional del Padre. Nadie, pero, tan cercano para acoger, tan silencioso para escuchar, tan compasivo para comprender, tan fiel para provocar, tan extraño para perdonar.

Tal vez desees permanecer en el silencio, sin responder por el momento a su pregunta. Mis letras, escritas en tu nombre, no son una palabra para suplicar, ni atraer, ni incluir, ni condicionar. Su palabra es gracia. Por ello nunca jamás se impone ni se apuña. No se puede imponer, por que la gracia es don que se ofrece de balde, como ofrenda humilde, sencilla y generosa. El poder humano, y sobre todo el poder cultural y espiritual, oscurece y define la gracia. El poder no puede anular la gracia. Si los que hemos de extender las manos, para ofrecer la gracia en su nombre, las cerramos o las entre-abrimos, buscando algún interés, la gracia nos sobre-pasa, para a manos de los hermanos y se escapa de los nuestros. No se sintais, pues, forzados ni reclamados por vuestros padres, ni por vuestros amigos, y menos aun por mi, para responder la pregunta que con tanta delicadeza y amor os dirige Jesús a vuestros corazones, al corazón de cada uno y al de los dos, pues habéis de llegar a ser los dos uno. Deseamos en verdad que su gracia aparezca como gracia, inavocando así esta nueva aventura de la vuelta al evangelio de la primera hora, a la misma novedad de JESÚS. Solo la gratuita gracia da origen a la libre libertad.

Esta gracia gratuita que no se impone, tampoco puede apuñarse. Es como el agua del manantial, que cuando intenta apuñarse se escapa de las manos. Ante su gracia, solo caben las manos vacías y abiertas. Ni por presión social podemos celebrar



los sacramentos, de su gracia, ni por lograr dar sentido a la aventura personal, que rastreamos.

El apocostamiento de los sacramentos por intereses personales y conmutativos nos hace correr el peligro de que la gracia del manantial se nos escape.

El abrazo de amor soy yo aquí estoré para siempre, pero nuestros brazos cerrados no lo habrán acogido y el corazón no se iluminará, ni se santificará, ni se sobrelegerá con el júbilo de su amor espiritual.

Nos toca el tiempo tan bello de la libertad. Podemos decidir nuestra vida en nuestros brazos, sin graves pérdidas ni riesgos excesivos. La autonomía del hombre de hoy está alentada, sustentada y amada por el mismo Señor. El quiere que seamos libres, pero sin libertad no podemos amar, ni acoger su amor.

Si, además, queremos poner nuestras manos en las suyas, para un gesto nuevo de libertad, necesitamos pedirle que nos ayude. Para confiarnos a Él, para acogerlos y entregarnos a Él, en la obediencia de la fe, necesitamos su gracia, que da origen en nosotros a la libre libertad.

¡Que in-romasible encuentro! ¡que admirable intercambio!

Los jóvenes del relato de Juan, respondieron con una palabra sencilla y humilde. "Maestro, ¿dónde vives?" (Jn. 1.38). La palabra "Maestro" es ya una confesión de fe. Ellos se ven perdidos y solos en el camino. Nadie les acompaña, nadie pone la ante sus pasos, nadie les sugiere al corazón la esperanza. Así paleo.

Blas, del viejo amigo, que les presentó a Jesús, les habían legado al corazón. "Éste es el corazón de Dios, que quite el pecado del mundo" (Jn. 1. 29, 36; Is. 52. 13-53. 12). Este es el Hijo, entregado como siervo, para ir delante, al lado y detrás de vosotros. Delante para guiaros, al lado para acompañaros, detrás para cargarse con vosotros, y llevaros más allá de donde más copaces os veréis. La palabra que le dijimos "Maestro" es una confesión de fe. "Tu Señor, serás para nosotros el que nos guía en el camino. Tu, Señor, el camino mismo. Tu, nuestra esperanza. Tu, nuestra fortaleza. Tu, nuestra alegría. Pasa tu ser por nuestra compañía y nuestra compañía. Los demás hermanos y amigos, pasan a nuestra Piedad, van a tu lado y con los suyos. Habla de lo tuyo. Tu te acuerdas y te agradece. Tu nos tienes de la mano y nos alientas y nos conduce. Pero no podemos responder a tu pregunta al instante, mientras vamos de camino. Necesitamos santos espacios contigo. Hablamos a corazón abierto. Dialogar. Que tu nos hables y nosotros te respondamos. Que nosotros te escuchemos y tu nos respondas. En coloquio íntimo, en admirable comunicación de idiomas. Por eso, no sólo te llamamos "Maestro", sino que nos sentimos por tu cariño, invitados a tu casa. Nos has dado tanta confianza, que nos atrevemos a decirte como al hermano más confiado: "¿dónde vives?" (Jn. 1. 38)

En esta nueva aventura de la preparación del sacramento del matrimonio, me parece que nos encontramos en este instante de gracia: vosotros

habeis venido a mi a Jesús, con un gesto silencioso de amor y de cercanía. El os hace la pregunta viva que os acompaña para sinceros vuestros corazones, "¿qué buscáis?" Ahora, es cuando El aguerda a vuestra puerta. No tengáis miedo que El empuje la puerta y os comprometa a lo que no sentís, ni creéis, ni vivís. Su pregunta <sup>os</sup> ataca a la hondura de la sinceridad de la libertad. Podéis entrar dentro de vosotros mismos y personalmente o/ conjuntamente preparar la respuesta. El os aguarda y os espera. "Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo" (Apoc. 3.20)

Si encontráis en vuestro corazón el latido de la fe, para acercaros al sacramento del matrimonio, "sacramento de la fe"; o si no lo encontráis, pero queréis buscarlo, confíades a El, y el os dirá como en aquel relato de Juan. "VENID Y LO VERÉIS" (Jn. 1. 39). El os invita a venir a su casa, que es su iglesia, en donde El preside la mesa y dice la palabra, y parte el pan, y reúne el cuerpo de la fraternidad y abre el camino hacia adelante. Y regresa que a la puerta de casa encontraréis la misma palabra de siempre. "Entrad. Está la mesa puesta, la luz prendida y la puerta abierta".

Con la paz y el gozo de su amor  
vuestro hermano

Marcelino

A los hermanos, que han participado en el Consejo Pastoral, abierto a todos, sobre los "sacramentos de la fe", la gracia y la paz de Jesús, el Señor.

A lo largo del Adviento, en nuestras cuatro comunidades, hemos puesto la mesa común del Consejo Pastoral, para buscar el camino nuevo, que el Señor nos sugiere, en este "entecostés", que el mismo ha prendido en su iglesia. Nuestro deseo era abrirnos a la contemplación amorosa del misterio, que se encierra en los sacramentos, llagas abiertas de su amor, encuentros, que nos entrañan, nos reúnen, nos comprometen y nos encaminan, junto a El, detrás de El.

En el corazón de la iglesia parroquial, sobre la mesa del altar, pusimos la Escritura Santa, la historia de la salvación de su misericordia entrañable, pues la iglesia "vive bajo la palabra de Dios". Pero al lado pusimos los documentos del Concilio Vaticano II, que traducen para hoy, bajo la guía del Espíritu Santo la hondura y la anclura del misterio de Cristo. Nos admirábamos del tesoro de los nuevos rituales, preparados desde la Escritura y la Tradición, siguiendo las enseñanzas del Concilio. Y quisimos también poner sobre la mesa, el nuevo Catecismo de la iglesia Católica, brújula admirable, para esta travesía hacia el siglo veintiuno, que ya amanece.

Desde el trazado de los sacramentos, propuesto por los documentos de la iglesia, conversamos con gran transparencia y sinceridad. En diálogo respetuoso, presentamos las preguntas, las dificultades y también las molestias. El Señor, que presidía en medio nos ayudó a profundizar, a comprendernos y a mirar hacia adelante. Es El mismo, el camino nuevo y vivo, abierto por sus huellas.

Ahora hemos de madurar nuestro discernimiento espiritual. Para ello nos reunimos de nuevo los hermanos de las cuatro comunidades. El día 26 de diciembre, domingo, en la Casa parroquial de Feralejos de Abajo, a las 4 y media de la tarde. Este día es la fiesta de la Sagrada Familia. Se comprende bien, que este camino nuevo de los sacramentos de la fe, depende de que nuestras comunidades sean en verdad una familia y que nuestras familias sean en verdad una iglesia, en pequeño. Desde las comunidades y las familias cristianas, podremos ayudar a nuestros niños y jóvenes a aproximarse a la celebración de los misterios.

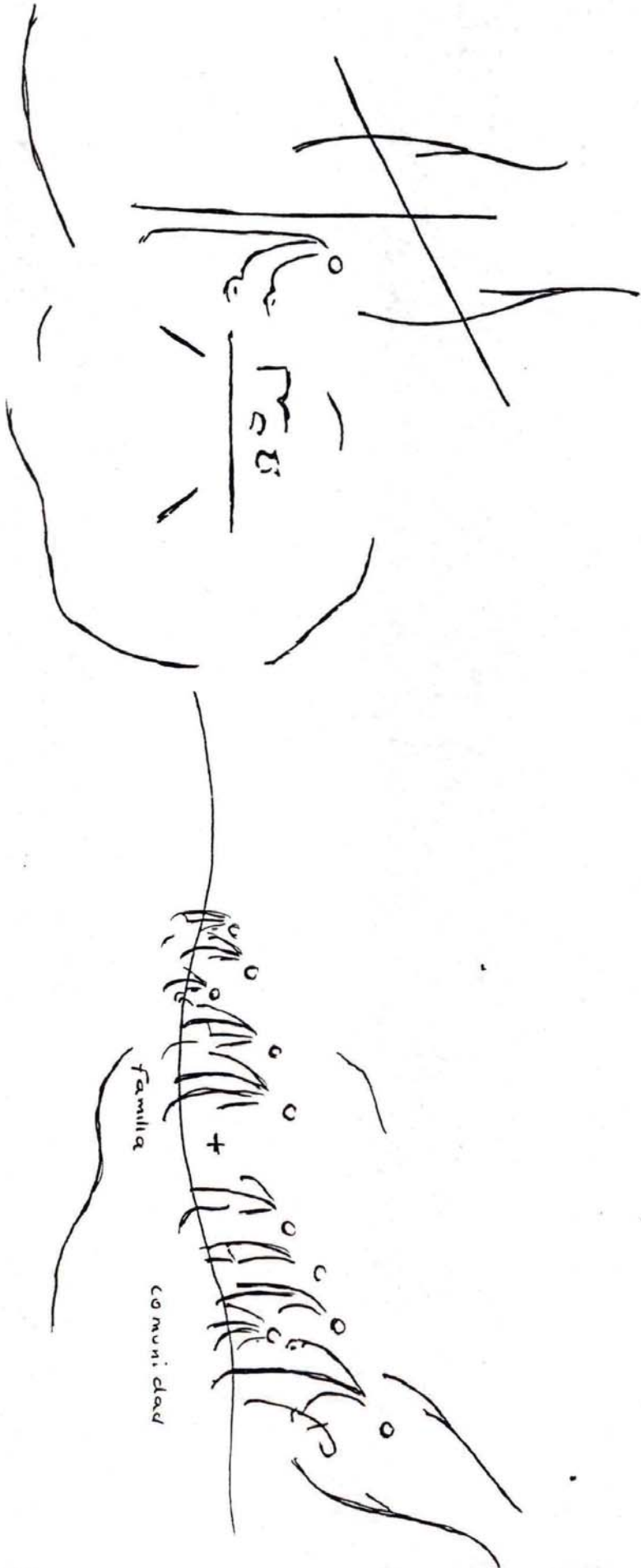
Todos estáis invitados de nuevo, pero no os sintáis obligados. El Señor va delante y abrirá las sendas nuevas con los hermanos que se acojan a El y se apoyen en El, para el camino, con los que lo esperen todo y solo de El. a El la gloria por los siglos. Con su gracia, su paz y su alegría, vuestro hermano



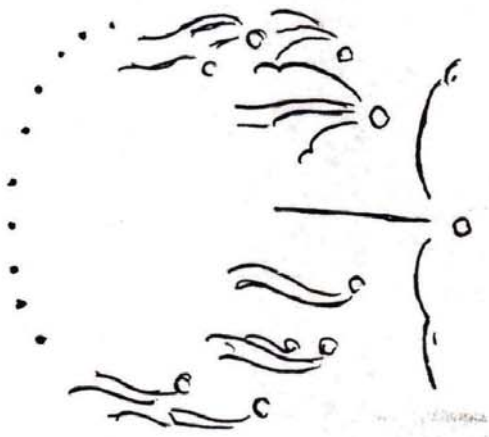
**camino hacia los sacramentos del Señor**

"por el bautismo fuimos incorporados a su muerte"





1.- La eucaristia del domingo  
a lo largo del año del Señor (de "año litúrgico")



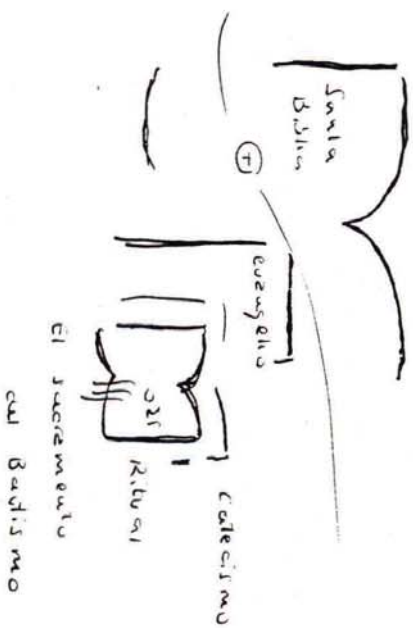
2.- Encuentro en la comunidad (catequesis) .

- experiencia de oración

- experiencia de fraternidad

- experiencia de servicio

con la Palabra del Señor en la Misa



3. Encuentro en peregrina fraternidad

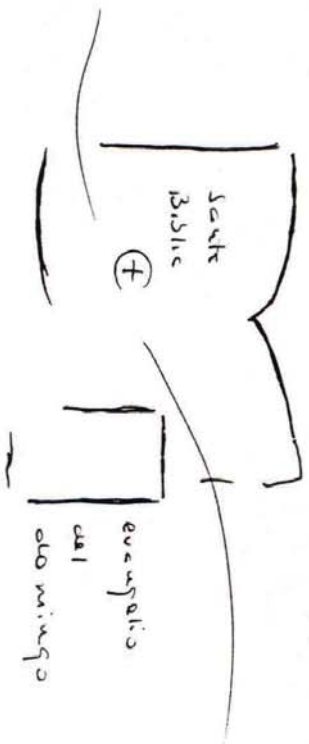
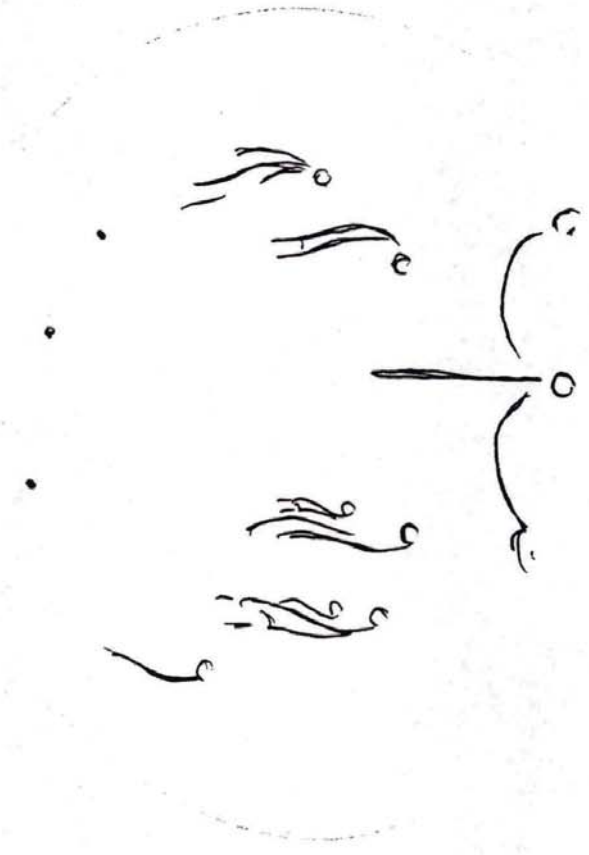
(experiencia sencilla de oración)

- experiencia de oración

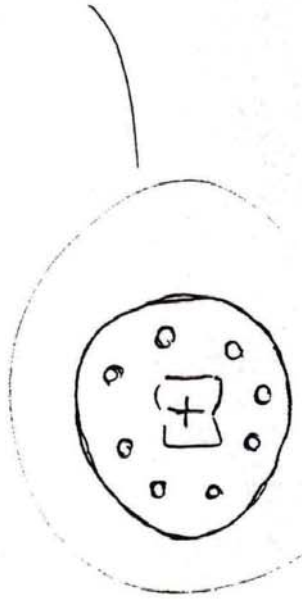
- experiencia en fraternidad

- experiencia de servicio

con la Palabra del Señor en la Mesa





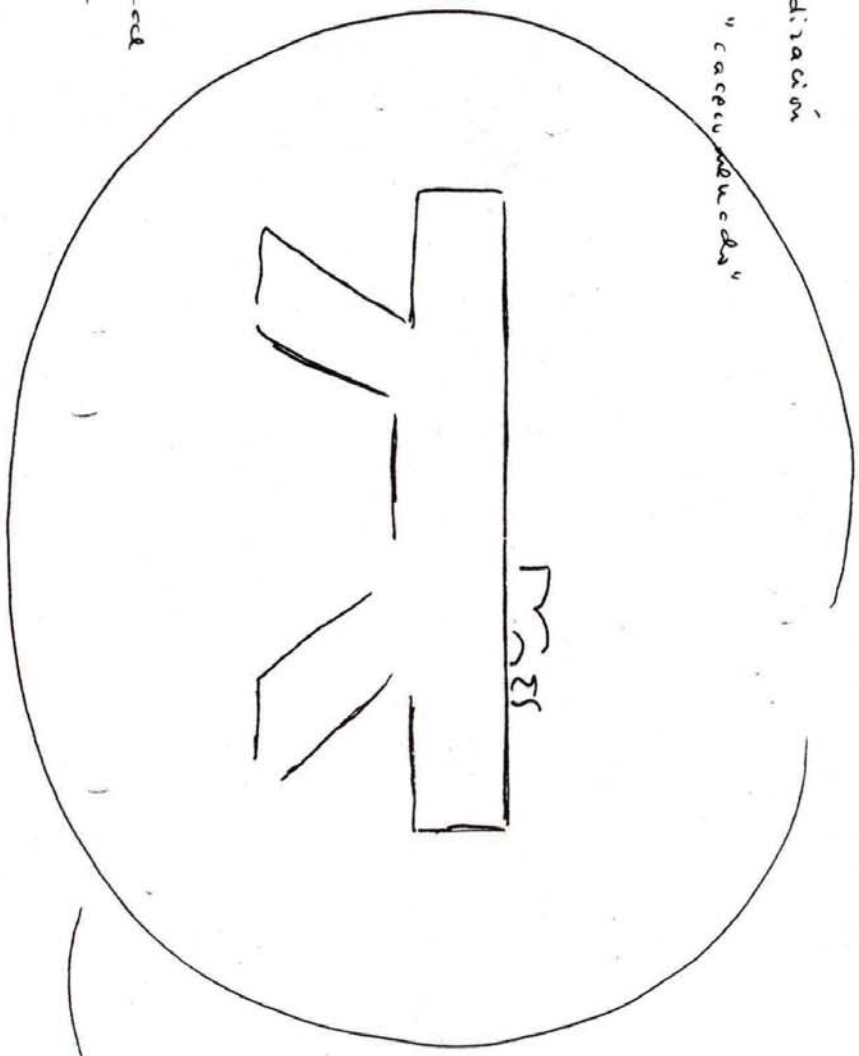


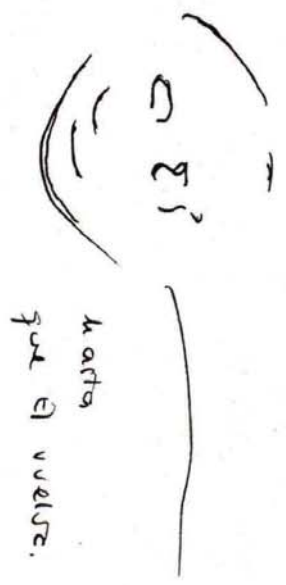
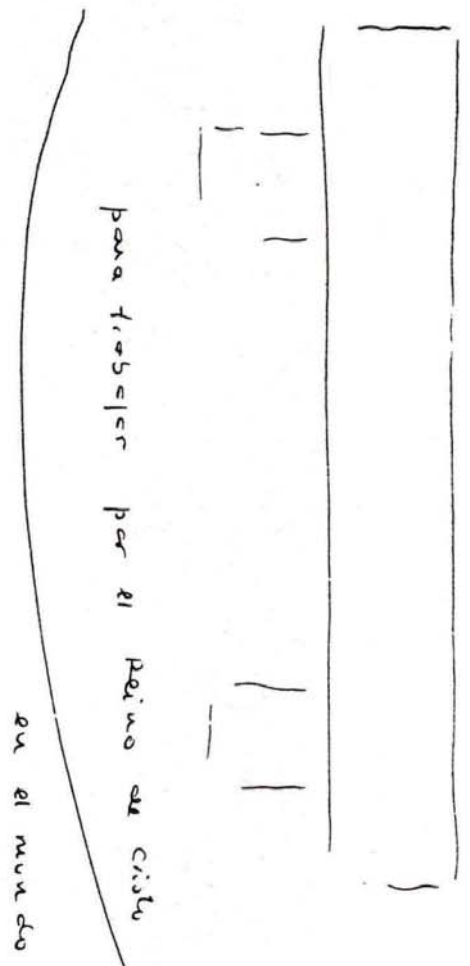
4.  
 Encuentro  
 asistido  
 de pro fundización  
 → hacer el "cabeza de la moneda"

5: Encuentro  
 en la Mesa grande

de la refino  
 oración y comunion

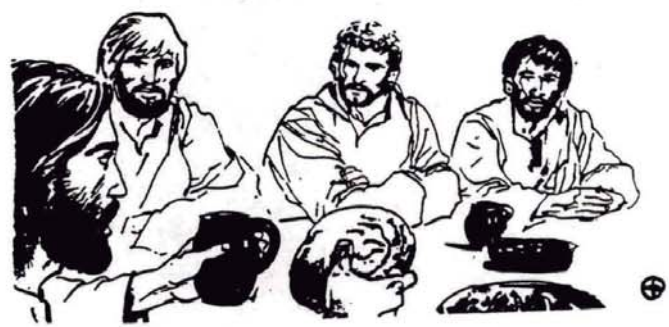
→ hacer  
 la gran comunion





"vosotros sois mis hermanos"

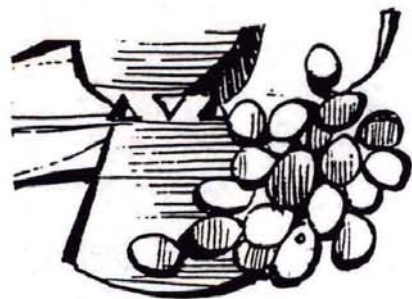
"vosotros sois mis amigos"



- A los padres y madres,  
que desean prepararse al sacramento del bautismo de sus hijos.
- A los padres y a los niños,  
que desean prepararse al sacramento de la eucaristía primera.
- A las parejas de jóvenes,  
que desean prepararse para el sacramento del matrimonio,  
"la gracia y la paz de Dios nuestro Padre  
y de Jesús, Cristo, el Señor nuestro."

Con gran alegría me he puesto en camino hacia vuestras casas, para cumplir el encargo, que me hizo el Señor de parte suya: "Vete a decirles a mis hermanos" (Jn. 20.17). Vosotros os habíais acercado antes, movidos por su gracia, a la casa común de la parroquia para pedir los sacramentos para vosotros y para vuestros hijos. Jesús se alegra cuando los hermanos se acercan a El, buscando su amor y les dice: "¿Qué buscáis?" (Jn. 1.37). Pero después de escuchar su primera respuesta, les invita a sentarse largamente con El, para poder compartir la conversación en íntima sinceridad y en entrañable cercanía. "Venid y lo vereis". "Fueron, pues, donde vivía y se quedaron con El aquel día" (Jn. 1.39). Al tener que ir a vuestras casas para decirlos de parte suya "venid y lo vereis", me sentía pequeño, "debil, tímido y tembloroso" (1 Cor. 2.3). Tenía que prestar la voz, pero la palabra tenía que ser la suya; tenía que prestar mis ojos, pero la mirada tenía que ser la suya; tenía que prestar sus manos, pero la ternura tenía que ser la suya. Era él mismo el que quería llegar hasta vosotros (Mt. 10.40). Por eso oraba largamente antes de visitaros y le pedía con corazón inmensamente confiado que me diera su mismo amor, ya que él quería hablaros al corazón con la palabra viva de su corazón abierto (Jn. 19.34).

La verdad es que me habeis acogido como a hermano y amigo. Los padres habían llegado cansados del trabajo, las madres ya tenían el corro a punto, los chavales se sentaban a la mesa con nosotros. ¡Que gran alegría! ¡Cuanto agradecimiento siento! Al acogerme con este amor y esta sencillez, reconocía a su vez en vosotros el rostro de Jesús, que se esconde y se deja encontrar en sus hermanos mas pequeños. Comprendía que había sido El, quien nos había reunido y quien estaba en medio de nosotros, a la cabecera de la mesa. "Porque donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt. 18.20). Por eso nos sentimos envueltos en la confianza, nos atrevimos a decir la verdad con sinceridad y pudimos comprendernos y acogernos a corazón abierto. Nunca habíamos tenido un encuentro tan íntimo en el corazón de la familia. Por eso, al caminar por vuestras casas, encontraba aliento y esperanza para avanzar en esta senda de dejar abierta de par en par la fuente inagotable de la gracia, escondida en los sacramentos del Señor, heridas gloriosas de su cuerpo, fuente de vida nueva para estos pueblos nuestros, para toda la humanidad y para la creación entera. Hoy, casi terminada ya mi primera visita, os escribo a todos una carta abierta, para ahondar nuestra conversación sobre algunas palabras centrales, que centraron nuestro encuentro. Seguro, que al volver a releer juntos, el pequeño cuaderno, que os dejé para que fuera sencilla brújula del camino, adivináis precisamente cuales son.



#### EL ENCUENTRO EN LA MESA GRANDE

Para prepararnos a los sacramentos del Señor, debemos sentarnos a la mesa de la eucaristía del domingo. En este día, fiesta primordial, el mismo Señor, a la cabecera de la mesa, nos entrega el memorial de su Pascua gloriosa. Esta mesa ha de ser el centro y la cumbre, el arranque y el término de todo nuestro camino de preparación hacia los sacramentos, pues de ella parte y a ella conduce todo el camino del evangelio, por donde camina la iglesia, sobre las mismas

huellas de su Señor. Seguramente notasteis el amor y la firmeza con que os lo pedía y os lo suplicaba. "Os lo pido de rodillas", os dije en ocasiones. ¿Qué sería de un hijo, que no se sentara cada noche a la mesa de la cena de familia, cena de sacrificio y de hermandad, llegada y comienzo de toda la aventura de la familia? Sin esa mesa, no acabaría de encontrar el cariño hondo de sus padres, ni se sentiría estrechamente unido al corro de sus hermanos, ni se sentiría reponsable de llevar adelante la casa común, ni se vería alentado a hacer el camino del amor compartido detrás de los padres, que encabezan siempre la marcha.

En la mesa pascual del "día del Señor" (el domingo), bajándose El de la cruz gloriosa y poniéndose a la cabecera de la mesa, en el corazón de la iglesia y del mundo, nos dice a todos primero y después a cada uno. "¿Quiénes es mi madre y mis hermanos? Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro a su alrededor, dice: "Estos son mi madre y mis hermanos" (Mc. 3.33-34). Vosotros sois "mis hermanos" (Mt. 28.10). Así aparece ante nuestros ojos desde el principio nada más sentarnos a la mesa. "La gracia del Señor Jesucristo, el Amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros" (1 Cor. 13.13). Desde la mesa pequeña de la casa hemos pasado a la mesa grande de la mesa común y se nos ha ensanchado el corazón y la mirada. Aquí también tenemos un Padre, que está sobre todos, en medio de todos, acogiendo a todos. Y a su lado, un Hermano mayor que se entregó por todos y encabeza a todos. Y un mismo Amor, que pasa del Padre al Hermano Mayor y del Hermano mayor a todos los pequeños, abrazados y estrechados contra su corazón. "Un solo cuerpo y un solo Espíritu". "Un solo Señor.. un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos" (Ef. 4.4-5).

¿Qué es la iglesia, entonces,? La gran familia de amor, que el Padre, ha reunido por manos de su Hijo, con el amor del uno y único Espíritu. La familia de los que son hijos en el Hijo, hermanos, en el Hermano, herederos en el Heredero. (Gal. 4.4-7; Rom. 8.14-17/Gal. 3.27-28; 1 Cor. 12.12-13). Por eso en torno a la mesa del Señor, donde se reúne toda la iglesia, una, santa, católica y

apostólica, en donde se escuchan todos los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de todos los hombres, y sobre todo de los pobres, encontramos la anchura del corazón y de la mirada para comenzar el camino de la preparación hacia los sacramentos de la fe. Es en esta mesa de la alianza nueva, sellada con la sangre del Hijo del Amor, donde se descifra toda la historia de la misericordia entrañable, que se nos da primero en la palabra, palabra que después se hace pan partido y por fin camino compartido. No podemos, pues, comenzar, el camino hacia donde nos encontrará el Señor, sino es partiendo de esta mesa. Desde esta mesa, haremos camino para volver a esta mesa. Pero ya ensanchando la mirada en cuatro miradas

- La mirada al Hijo mayor, nuestro Señor Jesucristo, rostro luminoso y amable del Padre, en la llama viva del Espíritu Santo.
- La mirada a la gran familia de la Iglesia, en cuyo corro grande suceden los sacramentos.
- La mirada a la mesa del Reino, puesta ya entre nosotros, para ponerla luego en medio del mundo.
- La mira al camino, que el Señor abre con sus huellas, desde la mesa a la travesía de la historia.

El Señor, su iglesia, su reino, su camino. Los sacramentos son sacramentos de la salvación y sacramentos de la fe, porque son sacramentos de Cristo, sacramentos de su iglesia, sacramentos de su reino, sacramentos de su camino. A lo largo del camino de nuestra vida, al nacer y al crecer, al madurar y al tener que darnos, al extraviarnos y al entrar en la noche, el mismo Señor en esta mesa, nos abraza con sus manos abiertas y heridas en sus sacramentos. Y en todos, aunque de manera distinta, nos entraña en su corazón, nos sienta en el corro de su comunidad, nos alienta al trabajo por su casa común, nos da la mano para seguirle de cerca al lado y detrás de Él, en su camino. Ahora comprendéis por qué la eucaristía del domingo es la gran catequesis que nos adentra en el misterio ("catequesis mistagógica") de sus sacramentos.

Con gran atención he escuchado vuestras respuestas a mi propuesta sencilla y firme. Me habéis contado con toda sinceridad las posibilidades, las dificultades (a veces me habéis dicho insuperables) y también las preguntas de fondo, que tenéis para acercaros a la mesa del Señor. Las he anotado con el mayor amor. Y desearía continuar el diálogo, que ya empezamos en torno a vuestra mesa. Ya vísteis como manifesté un sincero respeto a la situación de cada hermano, tal como la vivís en vuestro corazón. Se trata de poner luz en las preguntas y fuerza en las dificultades. Tanto es lo que en su Mesa nos da el Señor y tan hondamente nos allega a El. A lo largo del "año litúrgico", en esta mesa pacual, se nos da y se nos descifra el misterio de su amor irrastreable, en el que vivimos, nos movemos y somos. Cada domingo, en la cena del Señor

-se nos da todo el Amor de su Pascua, en la Palabra proclamada y en El Cuerpo roto y la Sangre vertida del Señor, en donde se encierran todos sus sacramentos (1 Cor. 11.23-26p)

-pero se nos da también en el "Credo", toda la respuesta a este amor, pues solo podemos celebrar los sacramentos en la fe de la iglesia, que asume y sobrepasa la nuestra (1 Cor. 15.3-5)

El diálogo sencillo, que hemos iniciado, es ya un comienzo verdadero y transparente, sin que medie el "qué diran" de la presión social, para encaminarnos al hogar común, en donde se nos da y nos descifra el Gran Sacramento que es Cristo mismo, aparecido en el Sacramento de su iglesia. ¿Cómo podremos continuar ahondando en nuestras dificultades y posibilidades para avanzar "poco a poco", en camino, por sus pasos, acompañando los nuestros, desde el corazón que se abre en libertad a su Palabra, que es la que convierte y congrega? Tendremos que hablarlo despacio, en esta cercanía de hermanos, que el Señor mismo nos ha abierto.





EL ENCUENTRO EN LA MESA PEQUEÑA

Pero Jesús me había encargado, no solo que os dijera "vosotros sois mis hermanos", sino que al tiempo os dijera "vosotros sois mis amigos" (Jn. 15.14). Es mucho más ser hermanos, que ser amigos. ¡Ojalá todos los hermanos acabáramos siendo amigos! Pero, ¿qué es en realidad ser amigos? El amigo se confía al otro amigo, le vuelca a su corazón todos los secretos que lleva en el suyo. Pero, ¿por qué se atreve a este difícil atrevimiento? Porque siente confianza. Se siente amado con amor tan cercano, tan íntimo y tan fiel, que ya no puede vivir vuelto a su propio corazón. Este cariño verdadero que recibe, le alienta a dar una vuelta entera a su vida: volverse a aquel amigo, que antes se había vuelto enteramente a él. Así nace un amor hondo, un conocimiento íntimo, una chipsa que estremece el corazón y que cambia las raíces del alma, desde donde se pueden cambiar todos los encuentros y todos los caminos.

Seguro que con esta sencilla parábola comprendéis la segunda petición que os hice de parte de Jesús. Visteis en el cuadernito en el que trabajamos el camino hacia los sacramentos de la fe, que había gestos y pasos, que teníamos que emprender dentro de la comunidad, pero había otros que tenías que emprender antes en vuestra familia. Entre ellos, el más importante, el único que os pedí y supliqué también con amor encarecido fue que iniciarais en vuestra misma casa, una "iglesia en pequeño", "La iglesia en familia", una sencilla, viva y verdadera experiencia de oración, con la palabra del Señor, tomada de la mesa común del domingo. Era un gesto, que al escucharos, me pareció que lo veíais primero sencillo, bastante sencillo, pero después os parecía difícil, y casi imposible. También aquí nos encontramos en el comienzo de un diálogo sincero de gran alcance para el futuro de vuestros hijos, de vuestras familias, es decir, para el futuro de nuestros pueblos y de esta tierra nuestra.



Un sencillo encuentro de oración, en el corazón de la familia, con el evangelio del domingo sobre la mesa. De la gran mesa común del Señor, partió esta mesa pequeña vuestra. Fué el Señor mismo, quien selló vuestro amor (Ef. 5, 25), con el suyo, y se vino a vivir con vosotros a vuestra casa. Es el Señor mismo, el que puede hacer el milagro de que el esposo y la esposa, os améis <sup>con</sup> este amor nacido de su costado abierto, y con este mismo amor os améis los padres y los hijos, y con este mismo amor abraís la casa de par en par para amar a todos y sobre todo a los más pequeños. Es verdad que en la mesa grande de la eucaristía pascual se nos entrega toda su Caridad en la Palabra hecha carne. Pero este amor no podemos acogerlo y descifrarlo, si no nos sentamos junto a El, en un encuentro íntimo de oración personal, cada vez más íntimamente, y no agrandamos un poco el corro en un encuentro sencillo y vivo de oración comunitaria. Es así como vamos pasando de ser hermanos suyos a ser sus amigos, hermanos que acaban siendo amigos. Pues entonces su amor, su cariño entrañable que se ve en su rostro y se escucha en su palabra, pasa por los ojos y los oídos del corazón hasta las raíces más hondas de nuestro ser personal, hasta su más profundo centro. En este encuentro surge la fe, si se había perdido; se aviva, si estaba bajo el res-coldo de la ceniza apagada; pero también se enciende en llama ardiente, si ya estaba encendida en las entrañas. El momento del nuevo paganismo ha hecho, que la iglesia nuestra madre subraye que los sacramentos son "sacramentos de la fe," y que esta fe debemos vivirla antes, en medio y después de los sacramentos.



Pero, ¿Qué es la fe? No creemos ya en que hay Alguien que lleva la marcha del mundo? No creemos mucho más y lo mostramos con obras, que muchos de los que van a misa todos los domingos? Es-

tas preguntas, que nos hacemos en todas las encrucijadas de los caminos de la misión, cuando nos reunimos a conversar con sencillez y alegría, son también un buen punto para empezar y ahondar nuestro diálogo. También aquí una parábola de la vida de los niños nos ilumina la conversación. Cuando un niño tira de la mano de su padre, para traerle a su camino, se está confiando a él, pero en realidad apenas se confía. Le trae a su terreno, le quiere "manejar", tirar de la mano para su propio proyecto, para ir a donde quiere ir él. Pero cuando le mira a los ojos y se deja ganar de su cariño y se deja subir a su cadera, se confía más a él, comienza a apoyarse en él. Claramente ha crecido su fe. Su fe no solo se ha hecho más verdadera, sino más profunda. Pero sin continua mirándole, y se siente seducido y arrastrado por el amor de su mirada luminosa y de su palabra encendida, y se cuelga del cuello del padre con los pies sueltos, entonces es cuando se sostiene en él, se pasa enteramente a él. Es cuando su fe llega al final, pues ha dado una vuelta completa a su corazón. Se ha convertido, se ha vuelto al corazón de su padre y ahora, abandonado su proyecto interesado, se puede volver al corro de sus hermanos y a la mesa común y al camino compartido, que se abre desde esta mesa.

Esta parábola dibuja muy bien la historia de nuestra fe en el Señor. Nosotros tenemos una fe, que hemos recibido como herencia preciosa de nuestros padres. ¿No veíais como aparecía, cuando ~~nos~~ ahondábamos en nuestra conversación? Ha cambiado tanto la sociedad y nuestra vida, que esta fe parece como un rescoldo pequeño, escondida bajo el montón de ceniza, que aparece en la lumbre al amancer. Pero es ese rescoldo vivo, más vivo de lo que nos imaginábamos, el fuego para encender el hogar al día siguiente. Unos palos pequeños, puestos sobre las chispas del rescoldo, convierten la cocina en hogar habitable y compartido. Hemos de reconocer, sin embargo, que somos como los niños. Nos acordamos del Señor, cuando nos hace falta para nuestras dificultades y tiramos de su mano para que venga a ayudarnos en el camino de nuestros intereses, que trazan la senda de nuestro presente, de cara a nuestro futuro.

Si necesitamos la fe, para acercarnos, para vivir y continuar los encuentros con el Señor, en sus sacramentos, entonces necesitamos un nuevo encuentro con El, mas íntimo, mas cercano, de corazón a corazón, en todo caso con un puñado pequeño de hermanos, que estén dispuestos a la misma intimidad y cercanía, a una confianza que no conozca las habladurías y las traiciones. En torno a la mesa pequeña de nuestras casas, podemos empezar una página nueva de la historia de nuestra fe, que responda al amor nuevo que el Señor nos ofrece hoy para hacer la aventura de vuestros hijos.



¿Es tan difícil esta sencilla experiencia? También he anotado con gran interés las sugerencias y las dificultades, que me contabais. Y las doy vueltas en el corazón, bajo la mirada de Jesús. Con el evangelio y los documentos del nuevo Pentecostés de la iglesia entre las manos. La verdad es que me estáis conduciendo mas de cerca a Jesús. Pero ya en este momento del camino, es tan sencilla la propuesta, que quisiera contárosla por escrito de nuevo, para que también vosotros la deis vueltas en el corazón, la converseis entre vosotros y con toda libertad podais dar una respuesta en la casa común de la iglesia. No es una conferencia de lo que se trata, ni tampoco de una conversación sobre lo que está pasando en el mundo, ni siquiera un sencillo intercambio de las dificultades que tenemos en el camino de cada día. Retomando todos estos latidos, es algo mas sencillo y mas hondo. Es un encuentro de amistad, teniéndo en medio el Amigo, que sabemos que nos ama, Jesús.

-Está El en medio. Un rostro sencillo de su pascua. La palabra del domingo, en la Escritura Santa. Entonces, cuando venimos del camino, lleno el corazón de nombres, de sufrimientos y alegrías, hacemos silencio. Le pedimos que nos de su Amor, su Espíritu Santo, padre de los pobres, que enciende la luz en los ojos, infunde el amor en los corazones y fortalece la firmeza de nuestro cuerpo.

- Después a corazón abierto nos contamos lo que nos ha pasado en el camino, lo que hemos vivido dentro y fuera, los latidos del corazón y los acontecimientos de la sociedad y del mundo. Lo que a cada uno le haya llegado mas adentro. Y un detalle solo, precisamente pequeño. Así hacemos una primera experiencia de vida común, que después se ahonda.
- El centro del encuentro es la escucha de la Palabra de Jesús. Leemos el evangelio. Despacio. Tal como sabemos. Con toda confianza. La palabra suya es amor. Y la vamos dando vueltas en el corazón, pues amor saca amor. Y el amor que se derrama al corazón y se deja que llegue a sus últimas raíces, se va haciendo luz. Amor y luz, amor iluminado. Después nos contamos lo que cada uno ha descubierto y lo vamos ahondando en común. Dejará de haber algun hermano, que nos ayude un poco mas. Ahora compartimos no solo la vida, sino nuestra fe y nuestra esperanza y nuestro amor. Una vida común, que avanzará a tener un corazón y un alma en el Señor.
- Vueltos todos a El, en un camino de conversión, El nos vuelve unos a otros en un camino de fraternidad. Pero juntos, poco a poco, nos vuelve al mundo, nos devuelve al camino. Es el momento de preguntarnos por donde van nuestras sendas de cada día y cómo poder ir poniendo en ellas esta mesa, que el Señor ha puesto ya en medio de nosotros, no solo en el corazón de la iglesia, sino aquí en el corazón de esta familia, de este barrio, de este pueblo. Un pequeño compromiso de servicio podemos descubrir cada uno. Y en ocasiones un servicio común para anunciar el evangelio, ayudar a los pobres y trabajar por la justicia. Cada uno según sus dones y su momento y sus circunstancias. Sabiendo que los gestos mas pequeños y mas hondos, son los mas necesarios. Y la mirada a los hermanos mas pequeños de cerca y de lejos, es siempre la mas urgente. ¿No adivináis que el encuentro de oración, convertida en fraternidad, es el arranque de un camino común de seguimiento del Señor?

Ahora comprendéis la estrecha relación entre el gesto del ENCUENTRO EN LA MESA GRANDE y el gesto del ENCUENTRO EN LA MESA PEQUEÑA. Es el mismo gesto que se ahonda, se entrena en el corazón, para entrar a un camino de conversión, casi diríamos de empezar de nuevo, un "camino de iniciación". En el pequeño cuaderno hemos dibujado los trazados mas importantes de este camino, sugeridos por los documentos de la iglesia, nuestra madre, que en el concilio Vaticano II ha vuelto al evangelio de la primera hora y desea que en esta nueva evangelización nos inspiremos en el "modelo apostólico enteramente primero". ¿Cómo hacían los primeros hermanos al lado de Jesús? ¿Cómo hacían los hermanos, que ser reunían ~~con~~ con los apóstoles? ¿Qué ocurría en la iglesia de los primeros siglos, la iglesia de los padres? Este dibujo, recogido en el "Ritual de iniciación cristiana de adultos" (RICA), está en la base de toda nuestra búsqueda. La segunda propuesta de la mesa pequeña es un gesto pequeño para aproximarnos a este camino largo y vivo, que los documentos de la iglesia llaman "Catecumenado", en sus formas y gestos diversos, pero con la misma clave y el mismo aliento.



"MIRA, QUE ESTOY A LA PUERTA Y LLAMO "

Jesús, el Señor, nuestro Hermano mayor, el Amigo íntimo y verdadero, nunca empuja y fuerza la puerta. "Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en casa y cenaré con él y él conmigo" (Apoc. 3.20). En mi camino hacia vuestras casas, ¿habré yo empujado y forzado vuestra puerta? El evangelio es absoluta gracia que se ofrece en pura gratuidad. Por eso mismo capacita para la libertad, casi podemos decir inaugura la libre libertad. Cuando se acerca el que nos amó de esta manera, se rompen las cadenas de dentro y fuera, se ahuyentan los miedos, se derriban los prejuicios. En su presencia, el corazón se estremece de alegría y podemos hablar con sinceridad y atrevimiento.

¿Habré yo empujado y forzado vuestra puerta?. La verdad es que cuando hablamos de los sacramentos, sobre todo del bautismo, de la primera comunión y del matrimonio, que marcan momentos cruciales de la vida, y están enmarcados en importantes fiestas familiares y sociales, he comprendido que nos situamos con miradas y con proyectos distintos. Por eso era tan importante que nos vieramos como hermanos al lado del Señor, para decirnos libremente hacia donde se dirigían nuestras miradas. Los intereses como sabéis dan color distinto a nuestros conocimientos. Por eso al ofrecer el evangelio de la gracia, solo con la fuerza de la palabra, os he invitado a situaros con toda libertad. Cuando los hermanos se ven forzados, cuando tienen que cumplir a la fuerza unos papeles, para conseguir lo que desean en el corazón o las circunstancias de la "integración social" exigen, se corre el peligro de esconder lo que se siente, "hacer el papel" que se propone y conseguir la meta, aunque después del sacramento volvamos a donde cada uno verdaderamente está. Lo que deseamos es que cada hermano, todos, pequeños y grandes, pueste <sup>expresé</sup> donde cada uno está, como se sitúa de corazón ante los sacramentos del Señor.

A mí me correspondía, por su encargo, ofrecer os su "gracia y su verdad" (Jn. 1.14). Su misericordia es su fidelidad. Su Amor solo es el suyo, si se entrega y se acoge en su Verdad. Si la gracia no se impone, tampoco se puede apuñar. El que apuña el agua del manantial, se queda sin agua en las manos y si aquel Manantial es el Manantial de la vida nueva, interminable, se queda sin el último Manantial y se puede perder. Porque la Vida, es decir la libre libertad, el amoroso amor, la gloriosa alegría, solamente es El. Solo El salva, únicamente El, exclusivamente El, definitivamente El. Pues solo El es el Hijo Amado, la absoluta novedad, la última plenitud. El único Nombre que tenemos para salvarnos (Hech. 4.12). En el misterio de los sacramentos, nos jugamos la muerte o la vida nuestra, de nuestros hijos y de nuestra tierra. Por eso los sacramentos del Señor no se pueden ofrecer solamente para los proyectos personales y sociales, sino en su Verdad verdadera, que asume, purifica, ensancha y sobrepasa estos proyectos.

El "camino de la iniciación", contado en el evangelio, traducido por el concilio, recibido en el sínodo y descifrado en el largo discernimiento comunitario en nuestras comunidades, ayudados por nuestros hermanos de cerca, se ha convertido para mí en una llamada inaplazable del Señor, que ha alcanzado tanto mi corazón, que tocó lo más hondo de mi conciencia, desde la que deseo responder con la gracia del Espíritu del Señor, que "me ungió para anunciar el evangelio a los pobres". Tomar otro gesto y otro camino sería para mí una traición al Señor y esto sería la mayor traición a vuestros hijos y a vosotros mismos. Así os lo he comunicado a corazón abierto, con toda la humildad y la dulzura que el Señor me va dando, resplandor oscurecido de la suya. Pero al tiempo os he dicho a todos con confianza sencilla y viva que es el obispo de la iglesia del Señor, que peregrina en Salamanca, sucesor de los apóstoles y nuestro padre común, hermano y amigo al tiempo, quien tiene la última palabra para discernir el trazado, el proceso y la oportunidad de este camino. A él le asiste el Espíritu de forma especial, para reunir y conducir a la iglesia, que el Señor rescató con su sangre (Hechos 20.28). Acudid a él, con todas las inquietudes y preguntas de <sup>vuestro</sup> su corazón. Yo os ayudaré con toda mi alma a que podáis hablar con él, como los hijos hablan con su padre. Su decisión, debe ser acogida por nosotros con profundo respeto. El mismo dijo a sus apóstoles: "quien a vosotros recibe, a mí me recibe y quien me recibe a mí, recibe a aquel que me ha enviado" (Mt. 10.40)

Por nuestra parte, deseamos al comenzar la cuaresma, dar ya un paso hacia adelante en los encuentros en la comunidad y en las familias, tan estrechamente unidos, para avanzar en este "camino catecumenal" hacia los sacramentos del Señor. Espero que me comuniquéis con toda confianza lo que vais descubriendo y decidiendo. Si alguna familia, no me ha podido acoger todavía para este diálogo primero, yo me ofrezco con toda sencillez y confianza, cuando padre y madre puedan acogerme para hablar a corazón abierto. Vosotros sois, también para mí, mis amigos y mis hermanos. Basta un sencillo aviso. Para ofrecer ya vuestros puntos de vista y vuestra posición ante el camino, que hemos descubierto, puedo yo acercarme

de nuevo a vuestras casas, con calma. La alegría de encontrarnos es ya un paso firme en el camino. Pero también podéis venir a la casa parroquial. Lo que si os pido es que al venir no vengais de prisa ni de paso. Siempre Jesús dice al invitar, "venid y lo veneis". Así podremos trazar el camino sencillo, desde la situación de cada familia, desde los rostros y los momentos distintos, para que este encuentro hondo y vivo de la conversión, se haga mas abierto, en lo que depende de nosotros. Contamos siempre con su inmenso Amor, que se desborda "mucho mas" siempre, cuanto parece que es mas oscura la noche (Rom. 5.18-21)

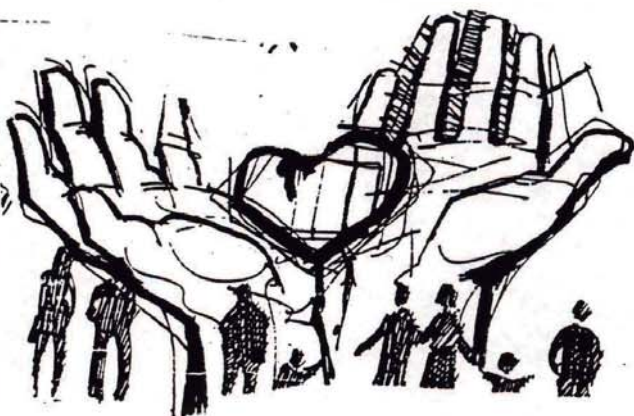
A El, nuestro muy amado Hermano y Señor;  
 el que es el mismo ayer, hoy y por los siglos;  
 el camino, la verdad y la vida;  
 El que anuncia el evangelio y el evangelio mismo.  
 El Señor de lo imposible,  
 el que iluminará, fortalecerá y ensanchará  
 nuestros corazones con su Amor incontenible,  
 el que avanzará delante de nosotros,  
 mas allá de lo que nosotros somos capaces de esperar  
 y nos atrevemos a suplicar.  
 A El la gloria por los siglos

vuestro hermano menor

Marcelino

M/21 '95

Hacia la Pascua del Señor '95





## "Abrazo de comunión"

A D. Mauro, obispo y hermano,  
 la gracia y la paz de JESUS,  
 nuestro muy amado HERMANO y SEÑOR.

Con gran alegría le doy gracias a El, "manso y humilde de corazón"; porque le inspiró el gesto de acogida, "como un padre a sus hijos", con nuestras hermanas, que desearon confiarle sus inquietudes por la primera comunión de sus hijos. Al volver, ellas me contaron sus sugerencias sobre el momento y el camino, que hemos de seguir, para ayudarnos a que se sienten en la mesa del Señor, memorial de su preciosa gloria.

De corazón acijo y acepto estas sugerencias. En Vd., sucesor de los apóstoles y padre común, reconocemos y venimos a Cristo mismo, cabeza del universo en la iglesia, que se hace presente y se deja encontrar en su apóstolado. El mismo les dijo al enviarlos: "Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel, que me ha enviado".

El mismo Señor, que nos ungió en la vidad de la consagración y de la misión, "si es de su voluntad, me abrirá camino, para llegarme" a Vd. como a padre,

hermano y amigo, y así confiarle los latidos apostólicos de mi corazón por causa de "la verdad del evangelio".

Con infinita confianza suplico al Espíritu del Amor, uno y único en El y en nosotros, que me atucie con sus gemidos inenarrables al "Aportol y como Jacerdote de nuestra fe":  
 "Que todos sean uno. Como tu, Padre, en mi y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tu me has enviado."

"A Aquel que tiene poder para realizar todas las cosas, incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o sospechar, según el poder, que actúa en nosotros, a él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones y todos los tiempos. Amen"

Abraco de Paz en su gracia

Maximiliano LeGidre

12/21/95

"Que todos sean uno"

A D. Mauro, nuestro pastor y padre,  
la gracia y la paz de JESUS CRISTO, SEÑOR NUESTRO,  
el que nos amó hasta la muerte, y muerte de cruz,  
el que, levantado sobre la tierra, atrae a todos hacia si,  
el gran pastor de las ovejas, en la alianza nueva de su sangre.

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en los obispos, a quienes asisten los presbíteros, esta presente en medio de los hermanos como pontífice supremo. Sentado a la derecha del Padre, preside nuestra mesa y encabeza nuestra marcha. En el aliento del Espíritu Santo, a través de las manos de sus apóstoles, convoca a los hermanos con su palabra, los entraña en su cuerpo por sus sacramentos y los encamina con su cayado por la senda de sus huellas. En esta iglesia suya, sacramento e instrumento, germen y senda de su reino, familia de hermanos, nueva humanidad de la nueva creación, esta iglesia amada, que es "su cuerpo, la plenitud del que lleva el universo a su plenitud".

Las sugerencias, que Vd. me hizo a través de las hermanas sobre el camino hacia los "sacramentos de Cristo", "sacramentos de la fe", nos abren a un paso nuevo, en el largo camino ya emprendido, y nos abren a una hora de gracia irrastreable. A lo largo de estos días me estoy reuniendo, como hermano y amigo, con todas las familias que habían pedido celebrar en nuestras comunidades los "sacramentos de la iglesia". Despacio, a corazón abierto, compartimos el "coloquio de la gracia". "En estos diálogos acerca de la salvación, han de ir siempre unidas la verdad con la caridad, la inteligencia con el amor. Para ello es necesario, que se caractericen por decir las cosas claras y al mismo tiempo con humildad y delicadeza, y por la debida prudencia, unidas, sin em-

bargo, a la confianza. Esta, en efecto, por su naturaleza, une a los espíritus, pues favorece la amistad".

Antes y después de estos diálogos, me propongo orar al Padre, con Jesús, el Primogénito, en el aliento del Espíritu Santo, su oración apostólica por la unidad. "Que todos sean uno". "Que sean consumados en la unidad, para que el mundo crea que tu me has enviado". Al ver el camino, desde su oración, y al intentar existir su oración desde el camino, comprendo que la urgencia de esta hora es la unidad de la iglesia. Corremos todos el peligro, al menos a mí me parece, de perder de vista el misterio de la unidad de esta iglesia, que el Padre ha reunido por la sangre de su Hijo, en el fuego del Espíritu Santo. Es este el motivo de mi carta, que recoge algunos latidos del camino misionero, para que esta hora de gracia, no lo sea de ruina. Una senda hacia los sacramentos en el corazón de la iglesia y del mundo, desvela la espesura de nuestra existencia en situación, la profundidad nos cita a la veracidad, que solo sucede cuando se abrazan la misericordia y la fidelidad.

El camino de "aliento catecumenal", centrado en la eucaristía del día del Señor, centro y cumbre, arranque y término, que con esmero veníamos cuidando desde hace algunos años, da paso a un aliento nuevo, desde el que hemos de configurar, por causa de la unidad, todos los sacramentos de todas nuestras comunidades. Ahora con la gracia inestimable de su presencia, como sucesor de los apóstoles y padre común. Los obispos "por medio del ministerio de la palabra comunican la fuerza de Dios a todos aquellos que creen para la salvación y por medio de los sacramentos, cuya administración verdadera, que lleva fruto, ordenan, santifican a los fieles". Es una gracia grande, que al buscar camino sencillo y concreto a sus sugerencias en este "coloquio de la gracia", aparezcan nuestras luces y sombras, nuestros intereses y nuestras generosidades, nuestros tropiezos y nuestras brechas. Pero es una gracia mas grande aun el sentarnos de lleno en la mesa común de la iglesia, "bajo el obispo", "nada sin el obispo", por donde el Señor se abre camino victorioso para recapitular todas las cosas en alabanza de

gloria del Padre. Hora de gracia, que yo desearía vivir con un corazón expropiado en el corazón del Señor, suplicándole su humildad y mansedumbre para cantar jubilosamente el admirable misterio de su iglesia, "sacramento universal de salvación". Es en esta luz gozosa de la unidad del Misterio, en donde le confío algunos latidos y preguntas de los caminos de la misión.

El Espíritu nos adentra más adentro en el corazón de la iglesia. "Nadie puede poner otro cimiento, que el ya puesto, JESUCRISTO. Pero, al tiempo, confesamos estar "edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo mismo la piedra angular". Vivimos, nos movemos y somos en esta iglesia, santa y amada, "misterio del Verbo encarnado". En ella, el obispo es "el principio y fundamento visible de la unidad de su iglesia particular, formada a imagen de la iglesia universal". Iglesia de comunión, iglesia local, "en que verdaderamente está y obra la iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica". Vivimos, pues, en la "indivisa catolicidad de la iglesia", en la "universal sociedad de la caridad". Los presbíteros, al comunhar con los obispos, "en la misma unidad de consagración y misión", "el mismo y único sacerdocio y ministerio de Cristo"; hemos de vivir unidos a nuestros obispos, un corazón y un alma con ellos, como cooperadores de aquellos, que han recibido la plenitud del carisma apostólico, en "comunión jerárquica", "en unidad confiada y magnánima", trabajando en la porción del Señor, que nos ha sido confiada. Hacemos presente en cada lugar "a la iglesia universal" y podemos aportar ayuda entrañable "a la edificación del cuerpo total de Cristo". Estremecidos nuestros corazones de alegría, podemos confesar que "en estas comunidades, por más que con frecuencia sean pequeñas y pobres o vivan en la dispersión, Cristo está presente, el cual con su poder da unidad a la iglesia una, católica y apostólica. Porque la participación del cuerpo y sangre de Cristo no hace otra cosa, sino que pasemos a ser aquello que recibimos"

"Inmersos en la luz de su palabra, hecha carne", permanecemos sin embargo, "en lugar oscuro hasta que despunte el día y el lucero de la mañana se levante en nuestros corazones". Escondidos

en la sombra de sus manos nos vemos animados a la búsqueda común para el discernimiento en el Espíritu. Por ello mis preguntas de los "papeles del camino y la esperanza"

¿Como dejar aparecer solo sus manos?

Es el mismo Señor, el que en la celebración eucarística constituye y sostiene, en unidad indisoluble, las manos de sus apóstoles para entregar su único pan y su única copa y pasarnos así a todos al latido único de su vida. Es el mismo quien auna y mantiene unidas las manos de sus apóstoles, en su pastoreo por el camino para que no haya más que "un solo rebaño y un solo pastor", ¡Eh!. En la búsqueda del camino hacia los sacramentos el Señor nos ofrece la gracia de que nuestra "fraternidad sacramental" se haga "fraternidad íntima".

¿Cómo podrán los hermanos ver solamente sus manos? ¿Cómo evitar el riesgo de que se encuentren mirando en direcciones distintas? Le suplico su "Espíritu sin medida", para unirnos "sobre todo en los lazos de la caridad sobrenatural", en la "consociación de la voluntad", en la "unión confiada y magnánima", únicamente en la cual se "hace fecunda nuestra acción pastoral" compartida. ¡Cuento me alienta adivinar, sin embargo, que no son nuestras manos, las que sostienen el pan y llevan el cayado! ¡Es su pan el que sostiene nuestras manos y su cayado el que sostiene nuestros pies!

¿Como dejar que aparezca solo su corro?

Desde siempre se me grabó hondamente en el corazón aquella palabra dicha en el cenáculo de Pentecostés. "Ellos, ejerciendo en la medida de su autoridad, el oficio de Cristo, Cabeza y Pastor, reúnen la familia de Dios, como una fraternidad, animada y dirigida hacia la unidad, y por Cristo en el Espíritu, la conducen hacia el Padre". Siempre, cuando pasan a primer plano los rostros de los apóstoles y no permanecen en la absoluta relatividad y transparencia, los hermanos corren el peligro de dividirse en grupos de Cefas, de Pablo y de Apolo, sin que lleguen a ser de Cristo. El evangelio, reducido a herramienta de promoción social,

puede usarse en la lucha por el poder. ¡Tan gratuitamente se deja ver la gracia!

¿Qué ocurriría, cuando surgen tensiones en una familia, si cada hermano consigue lo que pretende "pasando" de la mesa común? ¿No sería esta la mayor desgracia para todos? ¿Cómo aunar misericordia y fidelidad, caridad y verdad, insistencia y humildad para corporeizar el corro indivisible de la comunidad? ¿Cómo cantar juntos "un solo cuerpo y un solo Espíritu..un solo Señor..un solo Dios y Padre de todos" y al tiempo acogernos como "santos y amados", con "entrañas de misericordia, mansedumbre, paciencia", "Dándonos en gracia unos a otros, como el Señor se dió en gracia" a nosotros?. Bien se que el "Señor de los siglos", suavemente, pacientemente, sabiamente "lleva adelante el propósito de su gracia mediante la unidad de su iglesia.

¿Como dejar aparecer solo su mesa?

La iglesia del Señor es germen y senda de su reino en el mundo, hasta que, vencidos todos los poderes, El mismo entregue el reino al Padre, para que el sea todo en todas las cosas. En las entrañas de la iglesia sucede ya el sacramento del reino, la mesa del memorial de su pascua, que por sus manos se va poniendo por los caminos del mundo. La señal de la inauguración en ella del "año de gracia del Señor" es que "los pobres son evangelizados". En la fiesta del cambio de puestos, los últimos pasan a servir con el Señor, a la cabecera de la mesa. La unidad de la iglesia solo se puede corporeizar, cuando los pobres están en su corazón, cuando se deja que los pequeños vengan a el, sin encontrar escándalo en el camino.

Si se escandaliza a uno de "estos pequeños que creen", porque no entrarnos al "mismo camino del Señor", ¿podremos llegar a ser todos uno, "para que el mundo crea" es decir para que se sienta amado y salvado por el? ¿No se escandalizarán nuestros niños, cuando con ocasión de la mesa del Señor vean con sus ojos una disputa mundana de poder? ¿No se escandalizarán los discípulos, que intentan con fidelidad e incluso con persecución vivir la palabra del evangelio, traducida por el concilio y recibida en el sínodo? ¿No se escandalizarán los apóstoles, que entre la ur-

gencia y el desaliento esperan una "renovación de la vida sacramental", "por la vida del mundo"? Y al mismo tiempo, ¿cómo aclamar con nuestras voces y todo el afecto del corazón al que murió en el madero, en escándalo insuperable, para que nadie, sino <sup>es</sup> uno mismo pueda arrancarse de su mano?

¿Como dejar aparecer solo su camino?

Los hermanos mas pequeños escuchan con asombro y gozo, cómo todos "de cualquier estado y condición de vida están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad", todos llamados a "seguir a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, para participar en su gloria". Solo queda como camino "el anadamiento del Salvador", la "senda estrecha que lleva a la vida"

El camino de iniciación a los sacramentos, ¿tiene trazados distintos o es un trazado único con distintas y progresivas andaduras? ¿No habrá que pasarse con los dos pies al camino estrecho, aunque después lo recorramos de manera distinta, a impulsos del Espíritu, de la mano maternal de la iglesia?

La llamada a una conversión continua, permanente exige el rechazo entero y la adhesión entera, para dar vista a la plenitud del Amor, que es Aquel mismo, que desde abajo nos levanta a sus hombros el Aguila que "revolotea sobre sus polluelos, extiende su alas, lo toma y los lleva sobre sus plumas". Mas este camino tan audaz se actúa, sin embargo, con pasos que conducen cada vez mas lejos. Se desarrolla así un proceso dinámico que avanza gradualmente con la progresiva integración de los dones de Dios y de las exigencias de su amor infinito y absoluto en toda la vida personal y social del hombre". ¿No urgirá dejar aparecer su camino, para que el Fuego del Espíritu encienda a los pobres, que han de ser los mensajeros de la nueva evangelización con la novedad de la "hora enteramente primera".

Los sacramentos, heridas abiertas de su cuerpo, realizan y expresan la unidad. Por causa de la unidad de la iglesia, de sus únicas manos, de su único corro, de su única mesa y de su único ca-



camino como "obra obrada" del Señor, me han parecido una gracia sus sugerencias, Pero con ellas se debe diseñar todo el camino de los sacramentos en nuestras comunidades. He suplicado a los hermanos, que desean celebrar el bautismo y el matrimonio, que también le visiten para acoger sus sugerencias. Tal vez alguno mas se acerque en su búsqueda. Agradezco al Señor la acogida entrañable, que Vd. siempre les ofrece, no solo como padre, sino también como amigo cercano.

También a mi el Señor, "si es de su voluntad, me abrirá camino para llegarle" a Vd. Alcanzado por "la verdad del evangelio", "Cristo en nosotros", "el crucificado Señor de la gloria", que se entregó "gratis", "en su gracia", "en su sangre", continuo buscando esta verdad, apenas adivinada, con corazón quebrantado y humillado, dejándome guiar por el "Espíritu de la verdad", que va delante hasta conducirnos a todos juntos a la "verdad entera", el "Esplendor de la verdad". Cuando vaya, no será para "comunicar algún don espiritual", sino el gozo de cantar juntos al Señor, Cabeza del universo en la iglesia, "Para sentir entre vosotros el mutuo consuelo de la fe común, la vuestra y la mía". ¿No podrían ayudarme en comunión a buscar mas aun y a "hacer la verdad en el amor"?

"¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuan insensables son sus designios e irretratables sus caminos! En efecto, ¿quién conoció el pensamiento del Señor? O, ¿quién fué su consejero? O, ¿quién le dió primero para que tenga derecho a la recompensa. Porque de El y por El y para El son todas las cosas! ¡A El la gloria por los siglos. Amen".

Abrazo de paz en su gracia

Marcelino Legido

26/2/95

3 de diciembre de 1995.

" Quien a vosotros os escucha, me escucha a Mi "

Ante la visita de D. Braulio, obispo de Salamanca

A todos nuestros hermanos de las parroquias de El Cubo de D. Sancho, Traguntía, Peralejos de Abajo y de Arriba, la gracia, la paz y el gozo de NUESTRO SEÑOR JESUS CRISTO, Sacerdote, Maestro y Pastor de nuestras vidas.

Hace ya mucho tiempo, que venimos buscando el misterio y el camino de los sacramentos en el corazón de la iglesia y del mundo, siguiendo las enseñanzas del Concilio Vaticano II. La cena del Señor que se des-entraña en sus sacramentos es el centro y la cumbre, el arranque y el término de todo nuestro camino. Por eso con tanta pasión de amor hemos buscado celebrar y vivir sus sacramentos, que son al tiempo sacramentos de su iglesia, sacramentos de su reino, sacramentos de salvación, sacramentos de la fe.

En esta búsqueda nos veníamos encontrando en una encrucijada. Mirábamos en direcciones distintas, necesitábamos alcanzar el único corazón y el alma única. Pero, cuando caminamos al lado de Jesús, como supremo pastor de las ovejas, los cruces de caminos son ocasiones de gracia insospechada. En las encrucijadas El se vuelve a nosotros y de deja ver de nuestros ojos y palpar de nuestras manos, en la persona de sus apóstoles, viva transparencia de la primacía de su amor.

Efectivamente, en los obispos, que suceden a los apóstoles, le vemos delante de nosotros, al lado de nosotros y detrás de nosotros, como Sacerdote supremo, como Maestro único y como Pastor bueno. Los apóstoles no le representan a El, es El mismo quien se hace presente en sus apóstoles. Así como El, el Hijo enviado, es el rostro visible del Padre, así también sus apóstoles, enviados por El, son para nosotros su propio rostro visible. Por eso El les dijo a ellos, mirándonos a todos nosotros. "Quien a vosotros acoge, a mi me acoge, y quien me acoge a mi, acoge al que me ha enviado" (Mt. 10.40). Ellos le prestan a El su voz, para que nos pregone su evangelio, les prestan sus manos, para que nos para el pan en la mesa, le prestan sus pies para que nos vaya señalando el camino.

"En los obispos, a quienes asisten los presbíteros, Jesucristo nuestro Señor está presente en medio de los fieles como Pontífice Supremo" (Lumen gentium (LG). Constitución dogmática sobre la iglesia. 21). El obispo, por la plenitud del sacramento del orden, es el "administrador de la gracia del supremo sacerdocio" sobre todo en la eucaristía... que hace vivir y crecer a la iglesia". Por ello, toda legítima celebración de la eucaristía, y de los sacramentos que de ella manan, está dirigida por el obispo. A él se le ha confiado, no solo el ofrecer el sacrificio pascual del Señor, sino el "administrarlo conforme a los preceptos del Señor y las leyes de la iglesia, las cuales él precisará adaptándolas a su diócesis" (LG. 26)

"Por medio del ministerio de la palabra comunican la fuerza de Dios a todos aquellos, que creen para la salvación (Cfr. Rom. 1.16), y por medio de los sacramentos, cuya administración sana y fructuosa regulan con su autoridad, santifican a sus fieles. Ellos regulan la administración del bautismo, por el cual se concede la participación en el sacerdocio real de Cristo. Ellos son los ministros originarios de la confirmación, dispensadores de las sagradas órdenes y moderadores de la disciplina penitencial; ellos solícitamente exhortan e instruyen a su pueblo a que participe con fe y reverencia en la liturgia y sobre todo en el santo sacrificio de la misa" (LG. 26).

"Los obispos, por consiguiente, son los principales dispensadores de los misterios de Dios, los moderadores, promotores y guardianes de toda la vida litúrgica de la iglesia, que se les ha confiado". "Trabajen, pues, sin cesar para que los fieles conozcan plenamente y vivan el misterio pascual por la Eucaristía, de forma que constituyan un cuerpo unidísimo en la unidad de la caridad de Cristo; atendiendo a la oración y al ministerio de la palabra (Hech. 6.4) procuren que todos los que están bajo su cuidado vivan unánimes en la oración y por la recepción de los sacramentos crezcan en la gracia y sean fieles testigos del Señor" (Christus Dominus (CD). Decreto sobre el ministerio pastoral de los obispos. 15).

Era necesario, pues, poner en manos de nuestro obispo Braulio la encrucijada, en la que nos encontrábamos en la celebración y realización de los sacramentos del Señor. Por ello, al comenzar el curso, le entregué un trabajo, que resumía el camino, que veníamos recorriendo, iluminado por la palabra del evangelio, recibida en su iglesia: "Los sacramentos del Señor crucificado. Búsqueda de su iniciación mistagógica en el corazón de su iglesia. Anotaciones para el discernimiento apostólico". En realidad este trabajo es un trabajo comunitario que yo no podría haber escrito sin vuestras palabras, vuestros gestos y vuestros caminos. Es en verdad más vuestro que mío. No tengo, pues, que ofrecérselo, pues os pertenece. Sobre la mesa común lo teneis para estudiarlo, corregirlo y completarlo. Enteramente a vuestra disposición.

D. Braulio, como padre, hermano y amigo, me llamó primero para que le presentara las pistas centrales del trabajo y se ofreció un día a visitarme para conversar despacio sobre él. El día 16 de noviembre tuvimos la dicha de acogerle en la comunidad de El Cubo de D. Sancho. Compartió con nosotros la mesa y nos acompañó largamente, de forma que pudimos conversar como hermanos, a corazón abierto, sobre las páginas del camino, que entre todos habíamos venido haciendo. Ningún interés nos movía. Solo el buscar la voluntad del Señor, que es quien abre brecha en el umbral, hacia adelante, en medio de su iglesia, por los caminos del mundo. Después de conversar se ofreció a acogernos a todos un día, precisamente al comenzar el Adviento. Pues siempre, por estas fechas, celebramos los Consejos pastorales abiertos, sobre los sacramentos, que se han de celebrar en el año litúrgico, que comienza.

Estudiando donde podríamos tener un encuentro para las cuatro comunidades, abierto a todos y al alcance de los más pequeños, nos pareció que podía ser en la casa parroquial de Peralejos de Abajo. En principio para el día 3 de diciembre, aunque él me dijo, que si este día no le fuera posible, vendría el día 10. Quedamos todos invitados, a no ser que tengamos otra comunicación distinta, para el día 3 de diciembre, primer domingo de Adviento, en nuestra casa común de Peralejos de Abajo, a las cuatro y media de la tarde. Allí tendremos como siempre la mesa puesta, la luz prendida y la puerta abierta para todos.

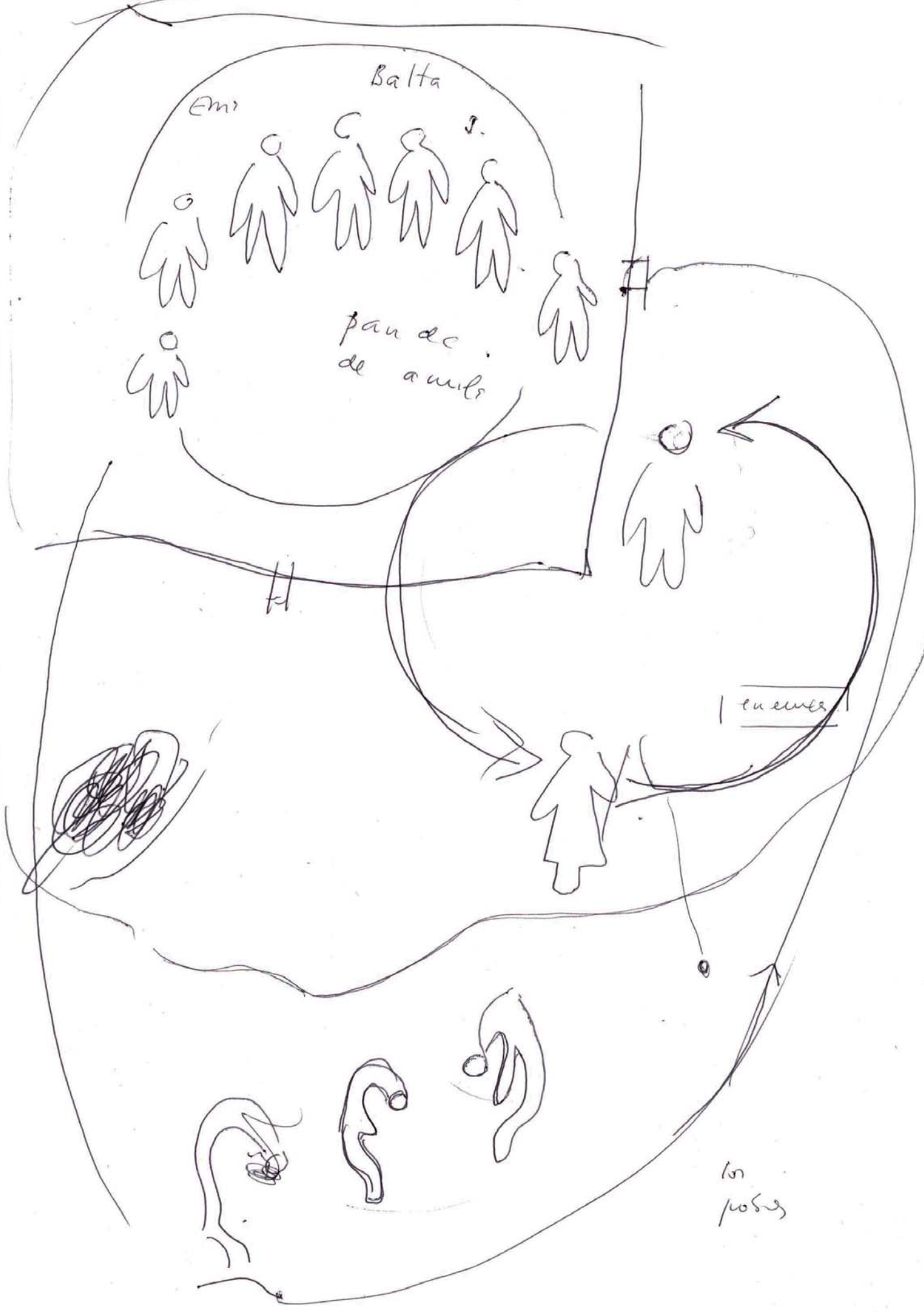
¡Como agradecer al Señor este bien que nos hace! Al venir D. Braulio tenemos la dicha de acoger al Señor, de escuchar su palabra viva y de empalmar con la más pura tradición apostólica. Su palabra será una traducción del evangelio (1 Cor. 15. 3-8). Hemos de recibirla con todo el corazón. Ojalá pudiera decirse de nosotros aquello que decía el apóstol de sus hermanos. "Por vuestra parte os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, abrazando la Palabra con el gozo del Espíritu Santo, en medio de muchas tribulaciones" (1 Tes. 1. 6). "Ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas siendo el mismo Cristo la piedra angular" (Ef. 2. 19-20).

Viene, pues, el obispo Braulio como un padre que abraza a sus hijos, para exhortarnos a cooperar animosamente con él, en el camino del evangelio. Nosotros por nuestra parte, venerando en él a Cristo el Señor, nos proponemos estar unidos a nuestro obispo, "como la iglesia lo está respecto de Cristo y como Cristo lo está con el Padre, para que todas las cosas se armonicen en la unidad y crezcan para gloria de Dios (cfr. 2 Cor. 4. 15)" (LG. 27).

Recibid un abrazo de gracia y de paz.

Vuestro hermano

Marcelino



## Anexo 2.

### La Cena del Señor. Introducción a la Eucaristía.

#### 1.- LA CENA DEL SEÑOR, nuestra eucaristía.

A la Santa Misa la llamamos la cena del Señor (Cf. 1Cor 11,20) porque es la cena pascual, que celebró el Señor con sus discípulos, la víspera de su pasión gloriosa. El relato de la entrega de su amor, en aquella “hora”, nos lo cuentan los primeros hermanos: Mc 14,22-25; Mt 26,26-29; Lc 22,15-20; 1Cor 11,23-25; Cf. Jn 6,51-57. Fue una cena de familia. Pero no la cena de un día cualquiera, sino la cena del día más grande de fiesta, la Pascua del Señor.

#### *El centro.*

\* Cuando miramos a nuestras casas, nos damos cuenta de que el centro del hogar es la mesa, donde los padres se sientan a cenar con todos sus hijos. Es allí, a la cabecera de la mesa, donde el padre se entrega él mismo, a sí mismo, con todo su amor. En esta entrega allega a su corazón y entraña en sus entrañas a todos los hijos; y al tiempo los reúne, les hace ser su cuerpo; y al tiempo les alienta para hacer juntos el camino. Es todo su sacrificio, convertido en alimento, hecho pan.

- “Nuestro Salvador, en la última cena, en la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta el sacrificio de la cruz y confiar a su Esposa amada, la Iglesia, el Memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual en el cual se come a Cristo, el corazón se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura” (SC 47) . En este Memorial, convertido en Banquete, Jesús, el Hijo amado del Padre el único Hermano mayor nuestro, convirtiendo la cruz en mesa, se da El mismo, a sí mismo, con todo su amor. Efectivamente se nos da “Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo” (PO 5). Todo el bien de la Iglesia, todo el bien de la humanidad, todo el bien del universo, todo el bien de los siglos. “Es, pues, la celebración (synaxis) eucarística el centro de toda la asamblea de los fieles” (PO 5).’

#### *La fuente.*

\* La cena de familia es la fuente. La entrega sacrificada de los padres en el pan partido es un manantial de cariño, es el aliento para el camino. De la mesa se pasa siempre al camino. Todos salen al amanecer a trabajar: hay que llevar adelante la familia, hacerla crecer, aunarla, ensancharla. Un aliento común, en el camino común. Como una mano abierta que se extiende. La mesa será más grande, los hermanos agrandarán el corazón, los pequeños serán más acercados al centro de la cena, más cuidados, más alentados, en esperanza viva.

- La Cena del Señor, nuestra eucaristía, es la “fuente de donde mana toda su fuerza” (Cf. SC 10), “fuente de toda la vida cristiana” (LG 11). Por ello con la fuerza

de este alimento, los hermanos parten de la mesa al camino para ensanchar el corro y construir la casa más grande. Salir a anunciar el Evangelio a los que no han oído hablar del Señor (Rom 10,14-15). Así podrán conocer al Padre en el rostro de su Hijo y amarle con las entrañas de su Hijo (Cf. Jn 17,3; Lc 24,27; Act 2,38). Así podrán entrar, con corazón convertido, a la familia común y aprender a caminar por la senda de las bienaventuranzas (Cf. Mt 28,20). Pero tendrán que trabajar por la justicia en el mundo con toda “clase de obras de caridad”, para estar en el mundo sin ser del mundo, para ser fermento y luz del mundo, alentando a todos a glorificar al Padre común (Jn 17,11-17; Mt 5,1-16) (Cf. SC 9). Saciados los hermanos con el sacramento de la Pascua, alentados a realizar lo que hemos recibido. Por eso la Cena del Señor, “la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles al urgente amor de Cristo” (SC 10).

### *La cumbre.*

\* La cena de familia es la cumbre. Del camino a la mesa. Lo que fue arranque ahora se hace término con acrecido amor. Vuelven todos con su trozo de pan y lo ponen en las manos del padre, para que él lo ofrezca, ofreciéndose ellos con él. Así se ahonda su amor de hijos, su comunión de hermanos, su responsabilidad por la casa común y crece la alegría y la acción de gracias. Y se añora una cena en fiesta sin fin.

- La Cena del Señor es “la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia” (SG 10), “cima de toda la vida cristiana” (LG 11). Toda la obra de la evangelización, todos los “trabajos apostólicos se ordenan a que todos, hechos hijos de Dios por la fe y el Bautismo, se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la Cena del Señor” (SC 10). Los hijos y hermanos se hacen más hijos y hermanos, al entrañarse en la mesa en las entrañas del Primogénito, corazón del Padre, abierto de para en par. “Marcados ya por el sagrado Bautismo y por la Confirmación, se insertan plenamente por la Eucaristía en el Cuerpo de Cristo” (PO 5). La hondura última de la comunión es ofrecerse a las manos del Hijo, ofrecerse con el Hijo, ofrecer la misma ofrenda del Hijo al Padre, en la unidad del Espíritu. “Ofrecen a Dios la víctima divina y se ofrecen con ella” (LG 11). Entran así a la unidad de la fraternidad, Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu. Y entran a la acción suprema de la entrega por el mundo, la entrega del Hijo por la vida del mundo, que prende fuego al mundo. ¡Toda la gloria del Padre, a la que tiende todo el camino! Pues en la Cena del Señor nos asomamos a la cena final de la fiesta sin término. Estamos en la anticipación del Banquete de bodas del Cordero (Cf. Ap 19,9) cuando Dios será todo en todos (Cf. 1Cor 15,28).

## 2.- LA CENA DEL SEÑOR, mesa de la palabra y el pan.

La cena de familia es el centro y el arranque, el término y la cumbre de toda la vida y todo el camino. La cena del Señor es el centro y la cumbre, el arranque y el término del Misterio, hecho comunión y misión, en la Iglesia del Señor, que peregrina en el mundo hasta que él vuelva. Pero si prestamos atención a la parábola primordial de la cena en fiesta de la familia, encontramos en ella dos momentos: la palabra y el pan. Los padres

primero ofrecen su amor en una conversación íntima; después acaban de entregarlo en el pan compartido. Así también la cena del Señor tiene dos momentos fundamentales: la palabra y el pan, la “liturgia de la palabra” y la “liturgia eucarística”. “La Iglesia... sobre todo en la sagrada liturgia nunca ha cesado de tomar y ofrecer a los fieles el pan de vida desde la mesa de la palabra de Dios y del cuerpo de Cristo” (DV 21).

#### *La palabra.*

\* El padre llega cansado del trabajo, muchas veces agotado. Pasa del último lugar al primero. A la cabecera de la mesa, en el aliento de su amor. Su presencia hace corro. Todos en torno a la mesa, envueltos en su cariño. Es un encuentro vivo, íntimo, transformante. Comienza siendo una conversación compartida. Hablan todos en diálogo. Pero la palabra que está al principio, al medio y al final es la palabra del padre. Palabra que es amor. Puede ser que la palabra sea un sonido útil. La palabra también puede ser un pensamiento luminoso. Pero la palabra más honda y verdadera es un secreto de amor del corazón. Entonces la palabra es entrega. El padre se entrega al contar la historia de su amor. Es una historia que siempre se dice y se consume en el sacrificio llevado hasta el final. Por eso enciende el corazón y abre los ojos, invitando a ofrecer las manos. La conversación allega a los hijos a sus entrañas, y les reúne en la unidad y les fortalece con amor iluminado para el camino de la esperanza.

- Cuando Jesús recorría los caminos llamaba a todos a sentarse en corro, en la mesa compartida del Reino del Padre. Allí les hablaba el secreto de amor del corazón del Padre. Pero después de hablarles y curar a los pequeños poniéndolos a su lado, partía a todos el pan (Mc 6,34-44). Cuando llegó la hora de amar a los suyos hasta el extremo, les reunió en corro, en torno a la mesa, para darse él mismo a sí mismo en todo su amor. Les quería dar la misma entrega de su cruz gloriosa. En aquella última cena primero habla y después parte el pan (Mc 14,22-25; Lc 22,14-38; Jn 13,1-17.26). Pero cuando el Padre le resucitó, pasándole de la muerte a la vida, del último lugar al primero, vuelve a encontrarlos a la cabecera de la mesa, en sus manos heridas y encendidas, para celebrar la cena, comenzando por una honda y misteriosa conversación, para abrazarlos, reunirlos y enviarlos (Mc 16,14-18; Mt 28,16-20; Lc 24,13-17.24-28; Jn 20,19-23; 21,9-14). Es el mismo encuentro al que nos llama en la cena del Señor que celebramos. El es el Hijo entregado y entronizado, rostro del Padre, palabra del Padre. En realidad es el Padre mismo que sale al encuentro amorosamente para conversar con nosotros. En la palabra de su Hijo, en su Hijo que es su palabra encarnada, crucificada y glorificada. En el aliento del Espíritu que hace viva la palabra, y la hace memorial de la historia de su amor, consumada en la travesía de la pascua. Palabra que enciende el corazón y alumbró los ojos. Palabra que convierte y reúne y envía (1Tes 2,13; Act 20,32; Heb 4,12). “Fortaleza de la fe, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida en el Espíritu” (DV 21/ SC 48.52/ PO 4).

#### *El pan.*

\* El padre, después de conversar, parte el pan a sus hijos en el corro de la mesa. El pan que se saca del cuerpo, su cuerpo mismo sacrificado, desgastado, entregado sin reservas, sin medida. En realidad es un sacrificio, el sacrificio de sí mismo. Palabra y pan son dos gestos de una misma entrega. En la palabra se da diciéndose, en el pan se da



muriéndose. En la palabra el amor se descifra, en el pan se desentraña. Es una consumación victoriosa del amor. Por ello el amor llega hasta el extremo, en toda su fuerza, en su don entero. Y por esto este gesto último allega hasta el extremo, reúne hasta el extremo, encamina hasta el extremo.

- Ya en el corro de los caminos después de hablar a la muchedumbre, les partió el pan en un gesto que anticipaba la cena pascual de la consumación de su amor (Mc 6,41p; Jn 6,51b). Pero cuando llegó la “hora” que tan ardientemente había deseado “tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio diciendo: ‘Tomad, esto es mi cuerpo’. Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio y bebieron todos de ella. Y les dijo: ‘Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos’” (Mc 14,22-24). El mismo se entregó a sí mismo en su amor crucificado y glorioso, amor extremado y consumado, cuerpo roto, sangre vertida. Alianza nueva desentrañada en la muerte de cruz, entre sus manos heridas y gloriosas, en el amanecer del día primero. “Nuestro Salvador, en la última cena, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección” (Trento: XXII 17-9-1562/ DS 1738-1759/ Vaticano II: SC 47; LG 3.35; PO 2.4.5). Este don último, consumado, victorioso, insuperable de su amor termina de encendernos el corazón y abrimos los ojos y de ensanchar nuestras manos si nos abrimos en la obediencia de la fe a acogerlo, a aclamarlo, a compartirlo, a pasarnos a El. La “palabra hecha carne”, el memorial de la pascua, vivo, palabra y pan, nos pasa a la misma vida del Hermano mayor en unidad del Espíritu Santo, y así por él y con él y en él y desde él, nos reúne en el cuerpo de la Iglesia y nos arrastra y encamina por las sendas del mundo hacia la consumada recapitulación (1Cor 11,24b.26).

### 3.- LA CENA DEL SEÑOR, una mesa tan grande como el mundo.

La cena de una familia se agranda cada vez más. Los hijos van formando otras familias, van poniendo otras mesas, van abriendo otros caminos. Ahora son una familia de familias, una mesa mucho más grande, un camino mucho más compartido. Pero las manos del padre de todos, el pan partido entre esas manos, son en verdad también, el centro y la cumbre, el arranque y término de todos sus caminos. La palabra y el pan, don entero del amor, allegan a todos, reúnen a todos, encaminan a todos. Esta parábola primordial no es más que un pequeño diseño de la Cena del Señor, esta pequeña y sencilla mesa, puesta por El mismo aquí en Torrejón, una mesa tan grande como el mundo. La Iglesia de Cristo está verdaderamente presente aquí. Aquí el anuncio de su Evangelio reúne a los hermanos, aquí “se celebra el misterio del Señor”, para que por el alimento y la sangre del Señor se vincule íntimamente toda la fraternidad del cuerpo “y así se manifieste el símbolo de aquel gran amor y la unidad del cuerpo místico, sin la que no puede uno salvarse. En estas comunidades, aunque muchas veces sean pequeñas y pobres o vivan dispersas, está presente Cristo, cuya fuerza constituye a la Iglesia una, santa, católica y apostólica” (LG 26).

### *Un único pan.*

\* Los padres engendran a sus hijos en sus entrañas y con sus entrañas los alimentan. Efectivamente son el don más hondo de sí mismos. Les dan el ser y la imagen, en una familia, para una mesa, hacia un camino. Por muchos hijos que sean, padre y madre son los mismos. No hay más que un padre, el padre de todos. No hay más que un hermano mayor. No hay más que un abrazo de amor. En esas únicas manos consiste el corro de hermanos, la mesa común, la senda compartida. Pero cada noche, a la hora de cenar, aparece en estas manos un único trozo de pan, roto y compartido. El pan es el mismo amor de las entrañas que se da en sacrificio y comida. Cuando el padre les parte el pan les entraña todavía más en su cuerpo. Ya desde siempre le parecía que su cuerpo no terminaba en su cuerpo: sentía que su cuerpo se ensanchaba a toda la familia, y hasta le parecía que se ensanchaba a la mesa y a la casa, al camino y a la meta. La cena les allega a los hijos más aún al corazón, les entraña más en su cuerpo, cuerpo de la familia, cuerpo de la mesa, cuerpo en el camino.

- En la Cena del Señor él mismo se nos entrega por entero en su cuerpo. “Esto es mi cuerpo por vosotros” (1Cor 11,24a). “Esto es mi cuerpo, dado por vosotros” (Lc 22,19). En verdad, en aquella mesa los abrazó, en el sacramento del bautismo y en el sacramento de la confirmación. El Padre nos engendra con sus entrañas, las entrañas de su Hijo, de donde manó el agua alentada de Espíritu (Jn 19,34.30b). Ya somos su cuerpo, hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano, herederos en el Heredero. Somos ya un cuerpo y un espíritu (1Cor 12,12-13; 6,17). Pero ahora el Padre nos alimenta con sus entrañas, el cuerpo roto y la sangre vertida de su Hijo. Por eso los primeros hermanos, en la mesa del Señor, después de escuchar la palabra, mientras partían el pan, cantaban con júbilo: “El pan que partimos, ¿no es la comunión en el cuerpo de Cristo? Uno es el pan, un cuerpo somos los muchos, pues todos compartimos un único pan” (1Cor 10,16b-17). “En efecto, la participación en el cuerpo y sangre de Cristo, hace que pasemos a ser lo que comemos” (LG 26). Al entrañarnos ahora en su cuerpo (Jn 6,56s), pasamos a existir “en las entrañas de Cristo” (Flp 1,8b) y a ser por él y con él y en él y desde él, “cuerpo compartido” (‘συσσωμα’ Ef 3,6). La familia de la Iglesia es su cuerpo misterioso, pero también de alguna manera la humanidad, el universo y la historia entera. El Padre se lo dio todo a él y “le dio como cabeza del universo a la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lleva el universo a su plenitud” (Cf. Ef 1,19-23). Así en las entrañas de Cristo, las entrañas de la humanidad, del universo y de la historia, han pasado a ser cuerpo nuestro. Todos los hermanos, más aún los pequeños (1Cor 11,20-27; 12,23-26; Mt 25,40). Y en ellos el universo ha pasado a ser cuerpo nuestro, y cuerpo nuestro también la aventura entera de la historia (1Cor 3,22b-23).

### *Un único Hermano mayor.*

\* En la cena de familia la mesa se ha agrandado. Un padre, un hermano mayor, un amor único, un único pan partido. Entonces una única mesa, un único corro, un único camino. Al ser todos los hermanos “con-cuerpo”, están entrañados, íntimamente vinculados, irremediabilmente solidarizados. En la única mesa, se sienta el único corro, a partir el único pan, para rastrear el único camino. “Si sufre un miembro, con-sufren todos los

miembros; si es glorificado un miembro, se con-alegran todos los miembros” (1Cor 12,26). “¿Quién desfallece, sin que desfallezca yo” (2Cor 11,29). El único Hermano mayor de todos, en su único cuerpo eucarístico de su Iglesia, nos hace ser hermanos de todos, hermanos de los últimos, que pasan a ser los primeros en la mesa y en el camino.

- En el día de Pascua, en la mesa compartida, el Hijo amado del Padre, el “Primogénito de toda la creación”, el “Primogénito de muchos hermanos” (1Cor 15,20; Col 1,18; Rom 8,29), “el Señor de todos” (Rom 10,12b) y del “todo” (Flp 2,9-11), se puso en medio, a la cabecera de la mesa, y nos mostró las manos heridas y el costado abierto. Aquellas manos que habían derribado todos los muros: el muro que nos separaba de los hermanos, el muro que nos separaba de la creación, el muro, la trinchera del odio, que estructuraba la historia. “Paz a vosotros”. Pero fue entonces, en la misma travesía de su pascua, en la misma mesa pascual, en el mismo pan y en la misma copa, cuando nos envió en su misma misión y nos alentó su mismo aliento. “Como el Padre me envió así os envío yo a vosotros” (Jn 20,21b; 17,18). “Id por todo el mundo, proclamad el Evangelio a toda la creación” (Mc 16,15). “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt 28,18s). “Seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra” (Act 1,8b). Una sola mesa, todos los hijos en torno a ella (Jn 11,52). “Poneos en camino”. A la travesía entera de la tierra. Aquí ya todo el corro, aquí toda la mesa, aquí toda la senda, aquí mismo. “Yo estoy con vosotros” (Mt 28,20b; Mc 16,19s). Y “les alentó el Espíritu Santo” (Jn 20, 22b; 21,15a; Lc 24,49; Act 2,7-11).

#### 4.- LA CENA DEL SEÑOR, para participar de lleno en su misterio.

En la Cena del Señor, el Hijo amado, desde el Padre, se entregó él mismo, a sí mismo, con todo su amor, el Amor de su misterio Pascual, en la unidad del Espíritu Santo. En torno al único altar, el memorial de la Pascua del Señor, no es una acción privada, es el “sacramento de la unidad”, en donde tiene lugar “la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios”. En las parroquias que, “en cierto modo representan a la Iglesia visible establecida por todo el mundo” (SC 42). Allí, en la celebración común de la eucaristía, en el domingo, día del Señor, en medio de la comunidad parroquial, peregrina y residente al tiempo. Allí, en el corazón de la Iglesia, entrañas de la humanidad, del universo y de la historia. Allí está la “fuente viva”, “la fuente primera y más necesaria en la que los fieles beben el espíritu verdaderamente cristiano”. “La Madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a la participación plena consciente y activa en los divinos misterios” (SC 14).

*Con el corazón encendido.*

\* Los hijos llegaron a casa y se sentaron a la mesa. Casi siempre vueltos a su propio corazón, al proyecto fuertemente amado de su vida. Miran pero no ven, oyen pero no escuchan, actúan pero no participan. Están ausentes. Pero la mesa que es un derecho, es también un deber; es un regalo, pero también encargo. ¿Por qué? Porque ellos son hijos y hermanos y herederos. Los padres, en el amor de sus entrañas, les engendraron y en el amor de sus entrañas les dan de comer. ¿Qué ocurriría si abrieran sus ojos, al pan

partido, al amor entregado, la fuente primera y necesaria de la mesa común y del camino compartido? Se les encendería el corazón. Y como el corazón es el centro de todo el ser personal, cuerpo y espíritu en unidad irrompible, se les abrirían los ojos para ver y los labios para hablar y las manos para compartir. Participarían en la cena de familia, con participación íntima y por ello consciente, activa, plena, compartida. Es el amor que les acerca a las entrañas de los padres y les abre a la acogida, a la entrega, a la obediencia expropiada, para los hermanos y la casa y el camino común. Para la participación fructuosa.

- También nosotros todos, cuando llegamos a la Cena del Señor tenemos siempre los ojos vueltos al propio corazón, al proyecto recio y apasionante, que con gran responsabilidad tenemos entre manos. No es fácil sintonizar con el pan partido de la mesa común, con la palabra viva y el cuerpo roto del Señor, en los que él se nos entrega en el único y mismo Espíritu. Puede ser que estemos des-pistados, mudos y extraños. La mesa del Señor es un derecho y un deber. Es la fuente primera y necesaria del amor sobre-desbordante de su gracia. Por el sacramento del bautismo, consumado en el sacramento de la confirmación, el Primogénito nos estrechó contra su corazón y nos alentó su mismo Amor. Somos hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano, herederos en el Heredero. Por el bautismo y la confirmación somos sacerdotes, profetas y reyes por El y con El y en El y desde El. "Linaje escogido, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo adquirido" (1Pe 2,9; Cf. 2,4-5). Pero el corro está encendido de fuego en la llama de amor viva del Espíritu. Es él quien realiza la unidad de la Iglesia eucarística que es Cristo mismo a la cabeza del universo, en el cuerpo misterioso de la comunidad. Un Cuerpo y un Espíritu. Estamos pues arrastrados hacia su rostro, pues el corazón está encendido. Bastaría un gesto sencillo, una decisión libre de abrirnos al amor. Esa misma chispa inicia el encuentro, el diálogo, la comunión, la participación piadosa, consciente activa, fructuosa, plena. Todo empieza con el gesto de la fe, que se hace amor, para la esperanza. Poco a poco, en el corro mismo, envueltos en el abrazo común, en la unidad del Espíritu Santo. El corazón encendido, es el centro de nuestra persona. Por eso el encuentro de fe amorosa, que comienza hace que participemos en el misterio con cuerpo y espíritu, interna y externamente. Desde la experiencia íntima de fe amorosa, de amor iluminado. La participación se hace "consciente", las palabras y los signos se nos desvelan y así pasamos a la participación "activa": participación con la palabra, que aclama, que responde, que ratifica; participación con el gesto de estar de pie o sentado o de rodillas, aclamando, escuchando, adorando. Participación sobre todo con las manos abiertas para ofrecer y comulgar, cumbre de la participación. Intercalada por el "silencio divino" (SC 30.48). Con-cordando la palabra y el gesto con el corazón, en sintonía plena, para no recibir la gracia en el vacío (2Cor 6,1).

*Con las manos ofrecidas.*

\* El corazón encendido, alienta a extender y ofrecer las manos. Manos que en el amor, acogen más aún el amor de los padres; manos que comparten más aún el amor con los hermanos; manos que ofrecen más aún el amor a los pequeños, para la mesa de mañana. Así la cena de familia es fuente de intimidad. Fuente de comunidad. Fuente de solidaridad. Fuente de responsabilidad. La cena misma entraña a los hijos en el corazón de los padres, crea una verdadera comunidad de hermanos, compromete de verdad a

la mesa compartida, estrecha las manos en el camino común. A medida que las manos ofrecidas de los hijos pasan a las misma ofrenda de los padres.

- Así ocurre en la Cena del Señor, “memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la vida futura” (SC 47). En la palabra y el pan, el Señor se nos da en todo su Espíritu sin medida. Ofrecidas las manos para escuchar y acoger y entregarse y pasarse a su Amor, pasamos a vivir del aliento de sus entrañas, del latido de su corazón. Por él y con él y en él y desde él, en la unidad del mismo Espíritu. La Cena es así fuente de oración. Pasamos al Padre por El, en la unidad del Espíritu. En la obediencia de la fe, que nos pasa a su misma obediencia. “¡Abbá, Padre nuestro!” con manos abiertas que acogen. Y después estas manos abiertas comparten su amor.” Daos fraternalmente la paz”. La fe viva se hace caridad ardiente, comunidad de perdón y por ello de vida, de bienes y de dones. Y después con las manos abiertas, las ofrecemos entre las suyas, en su misma ofrenda en la unidad del Espíritu Santo, “por la vida del mundo”, “hasta que vuelva”, para compartir con El, el avance de su Reino. “¡Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, danos la paz!”. La fe, convertida en amor, se hace esperanza viva y firme en la travesía de la misión, al despuntar la aurora. Pasando a su misma absoluta obediencia, en su misma ofrenda (Rom 12,1s). Así, los hermanos, en la mesa de la palabra y del cuerpo del Señor, dando gracias “aprenden a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la víctima inmaculada, no sólo por mano del sacerdote, sino también, juntamente con él, y se consuman, siendo Cristo el Mediador, en la unidad con Dios (y entre sí) para que al fin Dios sea todo en todos” (SC 48).

##### 5.- LA CENA DEL SEÑOR, adentrándonos en el abismo de su Amor.

En la Cena del Señor se enciende el corazón y se extienden las manos. En el aliento del Espíritu Santo suceden tres experiencias vivas, hondas, transfigurantes. El Señor, entre sus manos, en la palabra y en el pan, nos da todo el amor del Espíritu sin medida. Y así nos allega a sus entrañas, y nos aúna en su fraternidad, y nos arrastra a su misión. Este milagro lo realiza El en nosotros, pero para acogerlo, tenemos que abrir las manos. Manos que acojan su amor, manos que compartan su amor, manos que ofrezcan su amor. En la unidad del mismo único Espíritu, en su cuerpo misterioso. Estos tres gestos dependen sobre todo de un gesto, que está al principio y al final. El gesto de poner nuestras manos en las suyas, entregándonos a él, a la fuerza de su gracia, en la obediencia de la fe. Después de compartir y participar en la sagrada liturgia, “el cristiano, llamado a orar en común, debe no obstante, entrar también en su interior para orar al Padre en lo escondido; más aún: según enseña el apóstol, debe orar sin interrupción” (SC 12).

*Acoger la fuente del Amor.*

\* La experiencia de la familia nos lo enseña. Ya pueden los hijos reunirse en la mesa a cenar con los padres, ya pueden escuchar su palabra en diálogo con ellos, ya pueden compartir el pan, entrelazando las manos, ya pueden escuchar las llamadas y encargos para el camino de mañana al amanecer. Ya pueden incluso dejarse encender el corazón

e iluminar los ojos y hasta movilizar las manos. Pero se hace necesario antes y después de la cena un encuentro personal, íntimo, a solas, de corazón a corazón. Para acoger el amor en las entrañas y responder a él desde las raíces, en gran confianza, en total disponibilidad, en creciente responsabilidad. El amor de los padres se ha entregado por entero en la mesa, pero no puede ser acogido en realidad de verdad sin este encuentro íntimo, entrañable y transformante a solas, en profundo intercambio. Solo así se adentrarán en el misterio y se entregan por entero a su encargo.

- El Señor Jesús, en la noche que fue entregado, se entregó él mismo a sí mismo con todo su amor. “Este es mi cuerpo por vosotros”. “Esta copa es la nueva alianza en mi sangre” (1Cor 11,24a.25a). El mismo se entrega así mismo, desentrañando todo el misterio pascual en el aliento del Espíritu Santo. En su sangre, sello y don de la alianza nueva, la absoluta gracia, la entera novedad, la última plenitud. Por eso nos entraña en su cuerpo en el mismo Espíritu (1Cor 10,16-17; 6,17) para pasarnos a su vida. Lo mismo que él vive desde el aliento de las entrañas del Padre, y desde el latido de su corazón, así también nosotros, pasamos a vivir en él y desde él. “El que me coma vivirá por mí” (Jn 6,56-57). Todo el abismo de la gracia de su caridad mana sobre todo de su cena, de su memorial, de su eucaristía. Pero no podemos acogerlo, si no nos entregamos, cada vez más íntimamente, a la oración silenciosa, para adentrarnos en la hondura de su misterio (PO 14). La figura del discípulo a quien Jesús amaba lo expresa de una manera viva ante nuestros ojos. Se recostó en la cena “en el seno de Jesús”, lo mismo que el Primogénito estaba vuelto y recostado en las entrañas del Padre, “en el seno del Padre” (Jn 13,23-25a; 1,18) para entregarse por entero en sus manos a su voluntad (Jn 4,32). Encuentro que el mismo Señor prolongaba en silencio y en soledad (Mc 1,35; Lc 6,12; Mt 26,36-44). Por eso insiste el Señor: “Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de correr la puerta, ora a tu Padre que está en lo escondido” (Mt 6,6). No basta, pues, con sentarnos el domingo a la “cena del Señor”. Antes y después de la cena, necesitamos retirarnos a puerta cerrada, a su encuentro, en la oración silenciosa e íntimamente personal. En casa, en una habitación, o en un rincón humilde. Un rostro del crucificado Señor de la gloria ante nuestros ojos. El rostro del Padre, el misterio escondido (1Cor 2,7-8). Allí, encendido el corazón en el Espíritu que ora en nosotros, podemos abrir las manos y pasarnos a las suyas (Rom 8,26-27; 8,14-17). ¡Maranathá!. Abbá, Padre, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad” (Mt 6,7-15; Lc 11,2-4). “Es preciso orar siempre, sin desfallecer” (Lc 18,1b; 11,9). “Orad constantemente, sin interrupción” (1Tes 5,17).

*En la oración íntima y escondida.*

\* Este encuentro íntimo de amor partió de la cena de la mesa común. La cena era la fuente y la llama del encuentro. Allí los hijos miraban y contaban; y escuchaban y se daban. Pero ¿y si un hijo aceptaba un encuentro personal, íntimo, a solas con su padre? Pues allí le miraba y le contaba y le escuchaba y se daba a él, en comunión personal, más íntimamente todavía. Qué bueno sería si esta no terminara aquí. Y aquellos encuentros íntimos desembocaran en un encuentro común, donde se pusieran sobre la mesa los secretos y las palabras de todos, para escuchar y acoger todos juntos el corazón y la palabra de los padres. Allí les mirarían y les contarían y les

escucharían y se darían a ellos más íntimamente todavía. Pero si alguno estuviese ya casado, llevaría esta misma experiencia

### Anexo 3.

## CAMINO DE ORACIÓN.

Entrar dentro... Entrar al más profundo centro: "El Espíritu ora en nosotros"

### 1º- MIRAR.- "¡Tu rostro buscaré, Señor!"

*Mirar con los ojos del corazón.  
El asombro de sentirse amados.*

Señor vengo del camino. Busco el silencio y la soledad para estar contigo. Hazme ver la claridad de tu rostro. Que me encuentre con tu mirada al mirarte. Y al verme mirado sienta que me amas y mi corazón salte de alegría. ¡Ven, Espíritu Santo. Enciende la luz en los ojos. Infunde el amor en los corazones!

### 2º- CONTAR.- "¡Los que Tú me has dado!"

*Las palabras, los gestos y los nombres del camino, pasarlos a sus manos.  
Con pocas palabras. En silencio, a veces. Él lo sabe todo.*

Al venir del camino, Señor, tengo en mi corazón la vida de mis hermanos, sus gozos y sus esperanzas, sus angustias y sus tristezas. Te las voy a contar con sencillez. Tú los conoces y los amas, más que yo. Pero necesito pasarte sus nombres. Y sé que me enviarás de nuevo a ellos.

### 3º- ESCUCHAR.- "¡Este es mi Hijo, escuchadle!"

*Jesús, el Hijo amado, la Palabra que nos lo dice y nos lo da todo. Silencio.  
Acoger. Aceptar... Comulgar.*

Vengo, Señor a escucharte. Quiero escuchar tu Palabra, que es amor. En ella me dices todo y me das todo. La quiero acoger con las manos vacías y abiertas. Acogerla en el corazón y darle vueltas para que alcance el fondo de mi ser. Explícamela tú mismo, que eres el Maestro y el Evangelio al tiempo. Seguro que arderá mi corazón.  
Y tú vivirás en mí y yo en ti.

### 4º- DARSE.- "¡Hágase en mí según tu Palabra!"

*Padre nuestro... Venga tu Reino... Hágase tu voluntad. Aquí estoy. Envíame.*

Ahora, Señor, que me has dado tu amor, quiero entregarme por entero a ti. Quiero poner mis manos entre las tuyas para entregarnos juntos al Padre, por los hermanos y por el mundo. Quiero decir despacio las palabras de la misma oración tuya, que pasaste a nuestro corazón y a nuestras manos.

Son gemidos que no se pueden narrar:  
"Abbá... Fiat... Marana tha... Aleluya... Amén".  
Con tu mismo amor, andaré por tus mismas huellas.